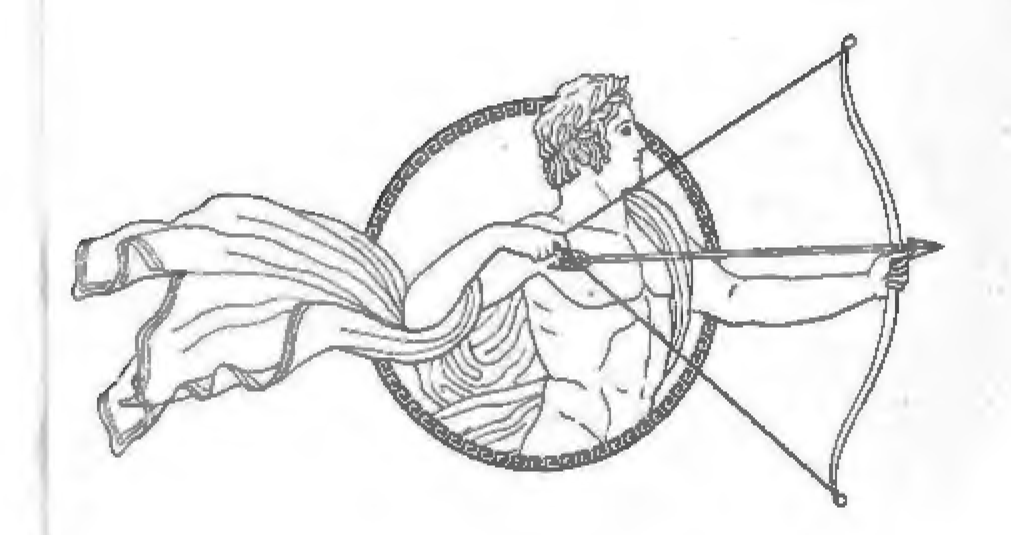
EL DESLUMBRANTE
APOLO



GREDOS

EL DESLUMBRANTE
APOLO



MITOLOGÍA
GREDOS

© Pablo Mérida por el texto de la novela.
© Juan Carlos Moreno por el texto de la pervivencia del mito.
© 2016, RBA Contenidos Editoriales y Audiovisuales, S.A.U.
© 2016, RBA Coleccionables, S.A.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de
esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8650-5
Depósito legal: B 20904-2016

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Oh Febo, el cisne te canta melodiosamente
debajo de sus alas mientras va saltando en la orilla,
junto al río Peneo, abundante en remolinos; y el
aedo de dulce lenguaje te canta siempre el primero
y el último, pulsando la melodiosa cítara.

Himnos homéricos, Himno XXI

Dramatis personae

Los olímpicos

Apolo – dios del equilibrio y de la música, destacado arquero cuyas flechas tanto sanan como enferman, tiene poderes oraculares.
Ártemis – gemela de Apolo, diosa virgen de la caza y de la naturaleza.
Hera – esposa de Zeus, protectora del matrimonio y airada perseguidora de los amantes de su marido.
Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, la preferida de su padre Zeus.

Otras divinidades

Leto – diosa seducida por Zeus, hija de Ceo y Febe, el titán y la titánide de la inteligencia.
Temis – sabia y venerable titánide consejera de Zeus, a quien prestó su apoyo en la titanomaquia.
Moiras – divinidades que tejen los hilos del destino, al que ni siquiera los dioses pueden sustraerse.

Eros – hijo de Afrodita, que suscita las pasiones del amor con sus flechas siempre certeras.
Dafne – ninfa de los árboles, hija del dios-río Peneo.

Seres mortales

Marsias – sátiro servidor del dios Dioniso y cortesano de Sileno, el jefe de los sátiros.
Pitón – serpiente monstruosa que tiene el poder de ver el futuro, enviada por Hera contra Leto.
Corónide – intrépida princesa de la raza de los hombres, hija de Flegias de Orcómeno, en Beocia.
Isquis – joven príncipe de la raza de los hombres, hijo del rey Élato de Larisa, en Tesalia.
Asclepio – primer hijo de Apolo, cuya madre es la mortal Corónide, destacado médico creador del primer centro de sanación en Epidauro.
Hipólito – casto cazador, hijo del héroe ateniense Teseo y fiel seguidor de Ártemis.
Admeto – buen soberano de la ciudad de Feras que establece una entrañable amistad con Apolo.

1

Apolo, el dios radiante

La niebla entorpecía el paso a los primeros rayos de sol y apenas dejaba adivinar el final de un enorme bosque de coníferas. En aquella montaña umbría, hasta los chacales parecían espectros detrás de los arbustos. Aterida de frío, Leto, la titánide hija de Ceo y Febe, se recogía en el interior de un manto gris, mientras descendía por la ladera aferrándose a las ramas para evitar resbalar. Un chasquido de madera la detuvo. Contuvo el aliento, se llevó las manos al hinchado vientre, su mirada recorrió el bosque tratando de distinguir algún rastro de la abominable bestia que la acosaba.

—Este es mi castigo por amarte, Zeus —murmuró para sus adentros.

Continuó avanzando, temerosa. ¿Era Pitón real o formaba parte del mundo de los sueños? Ya no era capaz de distinguirlo. Aquel océano de bruma y vegetación fantasmal había convertido su lacerante camino en un constante sobresalto.

Agradeció encontrar un claro donde se arracimaban media docena de cabañas con un manantial de agua tintineante a la entrada. En la fuente, una madre canturreaba con alegría mientras llenaba un cántaro de arcilla y su hija de corta edad bebía de una vasija. Aceleró el paso hacia allí, sintiendo ya el agua fresca en la garganta y olvidando por un momento las intensas punzadas de aquel parto que ya parecía inminente.

Fue la pequeña quien advirtió su llegada. Viendo que estaba sedienta, le tendió la vasija. La madre de la niña alzó la mirada a los cielos, donde una nube acababa de oscurecer el sol, y entonces vio a la viajera que se acercaba arrastrando los pies y sujetándose el grueso vientre con el rostro desencajado. Bajo su manto nacían dos hermosas trenzas que caían sobre su pecho. Al reconocerla, la mirada de la mujer se nubló. Tomó a la niña y se alejó a la carrera, dejando que el cántaro estallara contra el suelo en mil pedazos. Recogida entre los brazos de su madre, la niña vio cómo la viajera elevaba hacia ellas una mano suplicante al llegar al manantial y comprobar que el agua había dejado de brotar.

Atravesó la aldea, donde todas las puertas y ventanas estaban cerradas, aunque, en los patios y a la entrada de las casas, los arreos estaban abandonados en mitad de la tarea, se habían dejado gallinas a medio desplumar, verduras sin acabar de pelar, sillas tumbadas, jarras volcadas. Al otro lado, en los campos, los campesinos habían dejado sueltos a los animales de tiro. Intentando esconder sus trenzas bajo el manto, Leto prosiguió su camino.

Un trueno resquebrajó las alturas. La lluvia no tardó en llegar, primero una llovizna, luego, una cortina de agua. La viajera avanzaba sobre el fango. Abría la boca hacia lo alto,

pero la lluvia no servía para aplacar su sed. Cada nuevo relámpago agitaba las sombras del bosque, donde creía ver un cuerpo largo y sinuoso reptando a toda prisa hacia ella, y le hacía saltar. El sendero se había convertido en un lodazal y sus bellos tobillos se hundían a cada paso. Coronó el cerro sintiéndose al límite de sus fuerzas, incapaz de dar un paso más. Se dejó caer entre los arbustos, pero las ramas la empujaron de nuevo al camino, en pie, hundida en el fango bajo la lluvia.

—¿Hasta las peores raíces teméis sus represalias? —bramó, rabiosa.

«Que nada ni nadie, ni tierra ni isla, ni lugar alguno bajo el sol ose acoger a la madre maldita para que alumbre el fruto de su infidelidad», había decretado Hera. ¿Cómo luchar contra la voluntad de la esposa celeste? A pesar de parecer una tarea imposible, Leto había actuado movida por un imperativo superior: salvar la vida que crecía en sus entrañas. Ahora bien, había atravesado ya la Hélade de un extremo al otro sin haber conseguido dar con ese santuario. Desde aquella colina avistaba la serenidad del gran mar del este, que se extendía a sus pies. Su ánimo se derrumbó.

Descendió hacia la playa sin inmutarse por el frío cortante, por las heridas que ardían en sus piernas. El anhelo incontenible de dar vida se había apagado en su corazón, ahogado por otro deseo apremiante: poner fin al sufrimiento. Caminó sobre la arena con dificultad, hasta que, al llegar a las aguas grises y revueltas, un paso indeciso la desestabilizó. Cayó sobre sus rodillas, y así permaneció al ver que nadie la rechazaba. Las olas la acariciaron y ella se dejó caer con alivio en su abrazo. Al fin, flotando sobre las aguas, encontró su

primer momento de descanso en mucho tiempo. El mar se la llevaba y ella se abandonó a la placidez del líquido vaivén.

Intensas contracciones cada vez con mayor cadencia, un dolor insoportable, la despertaron de su letargo. Se revolvió en el agua y vio que se hundía sin remedio. El corazón le imploró un último esfuerzo para mantenerse a flote, pero sus brazos y piernas no respondían, habían claudicado. Descendió hacia las profundidades del mar, ahogándose en angustia. Sentía ya que los pulmones estaban a punto de quebrarse dentro de su pecho cuando se vio impulsada con suavidad de nuevo hacia arriba. Apenas salió a la superficie, recibió con ansiedad un torrente de aire que recorrió presto su cuerpo. Sin saber cómo, se encontraba tendida en la arena de otra costa, un lugar yermo, pedregoso, desolado, una isla mínima que arrastraba la corriente del mar como una barca a la deriva, dejando atrás la tormenta. La brisa le acariciaba las trenzas, removía el manto como si quisiera secarla, sanar sus heridas. ¿Qué poder había intercedido por ella? Recelosa aún, echó una mirada al cielo, anticipando la respuesta airada de Hera, pero no sucedió nada. El sueño acumulado terminó por cubrir sus sentidos.

⁂

Despertó desasosegada, pues creyó que los marchitos matojos de la isla susurraban su nombre. Dudando si aquellas voces habían formado parte de su sueño, Leto reunió fuerzas para alzarse sobre la arena. La amable brisa de la isla llevó de nuevo a sus oídos el murmullo que la llamaba. Guiada por él, llegó a una cueva oculta entre los riscos de la playa, en cuyo interior advirtió la presencia de dos figuras impo-

nentes. Como vacilaba antes de entrar, ellas salieron a la luz lo justo para ser vistas. El temor se disipó en el pecho de la titánide cuando reconoció a su tía Temis, la serena y sabia diosa cuyo consejo respetaba Zeus como ninguno, y a la joven Atenea, la más querida hija del soberano celeste. Si ellas se hallaban allí, no tenía solo enemigos en el Olimpo ni el padre de los dioses y los hombres la había olvidado por completo.

—Ven, hija de Ceo que pena en el Tártaro, entra en esta cueva, porque aquí no llega el sol y este lugar no es tierra ni es isla —dijo Temis, alzando la mano hacia ella.

La alegría llenó de lágrimas los ojos de Leto. Al penetrar en la sombra, creyó que allí estaría también Ilitía, la partera de los dioses, pero no alcanzó a verla.

—Su madre, Hera, la ha enviado a los confines del cielo con un falso encargo.

Leto se derrumbó mientras un nacarado y tibio flujo recorría sus muslos. Las diosas la recostaron sobre sus propios mantos y Atenea, siempre vivaz, se colocó entre sus piernas para ver que comenzaba a dibujarse la corona del bebé que pujaba por salir. Las olas estallaban contra las rocas acompasadas a los gritos de la parturienta, como si quisieran ayudarla en sus acometidas para expulsar a aquella deseada criatura de su vientre. Con gran esfuerzo, Leto alumbró una preciosa niña, que Atenea acogió entre sus brazos con alborozo. La fresca brisa isleña inundó la cueva para luego volver a salir y correr silbando por todos sus valles y collados, que, aunque escasos de vida, parecían risueños. Pálida y débil, Leto recibió a su hija en el regazo y contempló su belleza y su energía. El bebé agitaba brazos y piernas con fuerza inusita-

da, como si tuviera prisa por echarse a correr, por tomar la vida con sus manitas.

—Tiene el vigor de un oso —señaló Temis al contemplar aquellos movimientos.

—Por eso la llamaré Ártemis —dijo su madre.

Una bandada de preciosos cisnes llegó volando a la isla y descendió hasta las aguas frente a la cueva, donde las aves se posaron y nadaron formando delicadas figuras. Al verlas, Temis y Atenea cruzaron una mirada, pues sabían que su presencia significaba que Zeus estaba complacido.

Con todo su cariño apretaba Leto al bebé contra su pecho cuando volvió a sentir un punzante dolor en el vientre. Asustados, los cisnes levantaron el vuelo y desaparecieron en el horizonte. Temis puso la mano sobre el abdomen de Leto y sintió el latido de otro corazón en su seno, otra vida, que, sin embargo, parecía recelar de asomarse al mundo.

—Ártemis antecede a un gemelo —anunció.

Leto se sintió desfallecer. No creía tener fuerzas para continuar. Atenea la tomó de la mano y la miró a los ojos, y la titánide vio que la joven diosa tenía un poder capaz de agitar el universo y a través de su mano sintió que el brillo de los astros celestes le calentaba el cuerpo y le insuflaba nueva energía.

Una vez más se debatió la madre, empujando, intentando ignorar el dolor, gritando sin lograr que su hijo se moviera en su vientre. Las diosas la calmaron con néctar y la alimentaron con ambrosía antes del siguiente intento, que fue también infructuoso. Los minutos se volvieron horas y las horas se alargaron, haciendo irrespirable el aire en la cueva. La titánide resoplaba exhausta mientras su hija

Ártemis alzaba sus pequeños bracitos como tratando de ofrecerle consuelo. Contagiada por la angustia, la isla surcaba las aguas cada vez más rápido, sin rumbo. Así acabó el día y luego comenzó otro.

Durante varias jornadas, las diosas no conocieron descanso ni abandonaron el lecho de la parturienta, aunque habían comprendido pronto que sin la ayuda de Ilitía aquel bebé nunca vería el mundo. Al noveno día de parto, Leto perdió la conciencia, víctima del agotamiento. Fue entonces cuando los cisnes volvieron. Se recortaron en el cielo, en su gracioso vuelo, tirando de un carro forjado en oro, que depositaron con cuidado a la puerta de la cueva. De él se apeó la ilustre madre de Zeus, la mismísima Rea, la que no hacía tanto se había alzado contra su cruel esposo Crono para dar un nuevo tiempo a la creación, el tiempo de los olímpicos que ahora regían el cosmos. Entrando en la cueva con paso resuelto, dijo:

—Guárdeme yo de alzar la mano contra mis hijos, por quienes he vivido tantas penalidades, pero no estoy dispuesta a permitir más el sufrimiento de esta madre.

Tal diciendo, tomó del lecho de la cueva pequeños guijarros redondeados por el viento salino y los encerró en ambos puños, apretándolos con fuerza. Al abrirlos de nuevo, sobre sus palmas centellearon bellas cuentas de ámbar.

—Madre —dijo entonces—, engarza estas cuentas con restallantes eslabones de los preciosos metales que albergas en tus entrañas. Las diosas celestiales aguardan este collar para llevárselo a Hera como regalo y festejar con ella para distraerla. Entre tanto, Iris, la mensajera, vuela ya en busca de Ilitía.

Al oír su invocación, las rocas del suelo se resquebrajaron y, de las profundidades de la sima, una lengua de tierra se alzó para recoger las cuentas de sus manos. Gea, la Madre Tierra, tampoco soportaba ya el dolor de aquel parto.

∞

Leto se despertó a la sombra de una palmera, donde Ilitia confortaba al bebé aplicando sus cálidas manos sobre la tripa de la madre. La isla navegaba en una región de mareas calmas y espesas brumas que se veían lejanas. Susurrándole al oído, la partera tranquilizó a Leto, le explicó cómo afrontar las contracciones con serenidad, cómo ayudar a su bebé a salir sin dolor. Con aquella asistencia delicada, la titánide sintió que recuperaba las fuerzas y la esperanza. Su hijo emergería a la vida, que lo esperaba con tanta ansia. Con ese ánimo, volvió a intentarlo, y entonces dio a luz a un bebé tan hermoso como su hermana, pero de sexo varón. Cuando Ilitia lo alzó para mostrárselo a su madre, el mar se había silenciado. Una nube que pasaba frente al sol se apartó en ese mismo momento y pareció que toda la luz del astro rey se concentraba en un solo haz más allá del cual no había nada, y que ese haz caía sobre la isla y hacía resplandecer al recién nacido.

El llanto infantil rompió el silencio, arrancando una sonrisa a todos los presentes. Alrededor de la palmera donde yacía Leto, la tierra que había sido baldía floreció, dando hierba fresca, plantas y flores, y, desde allí, las diosas vieron que el verde se extendía alrededor. Alzando la vista, pudieron contemplar el vuelo majestuoso de los blancos cisnes de Zeus, que sobrevolaban incansables la isla y graznaban con

alegría lo que se asemejaba a una canción. El recién nacido balbuceaba y parecía que canturreaba la misma tonada.

Después de la séptima vuelta, las aves se posaron en el centro de la isla, y en el lugar donde habían descendido, la tierra se estremeció. Ante la vista de las diosas, una montaña emergió hacia los cielos. Desde su cima resbalaban torrentes de piedras y arena que se hundieron en el mar por los costados. La isla se sacudió por entero, acabando con el movimiento de tierras. Al fin había detenido su continuo peregrinaje sobre las aguas, había quedado anclada al lecho marino y sus tierras se habían vuelto verdes y llenas de vida. En adelante, se la conocería con el nombre de Delos, la brillante.

Mientras todas miraban hacia el cielo, Atenea habló para sus adentros, gozosa, murmurando:

—Gracias, padre.

Con su segundo retoño balbuciendo armonías en sus brazos, Leto sentía que una luz bañaba su corazón y le hacía olvidar las penurias del parto. Fue por ello que tomó la decisión de llamarlo Apolo, el que purifica, segura de que había nacido con el don de devolver la vida con su mirada radiante y la dulzura de su voz.

∞

En el lejano norte, más allá de las tierras cálidas, donde el soplido de Bóreas podía congelar hasta el vuelo de las aves, se alzaban colosales montañas cubiertas de nieve, que coronaban la región Hiperbórea. Un alce soberbio de astas palmeadas avanzó confiado hacia la laguna haciendo crujir suavemente la nieve. Cubiertos con grasas y pieles de animales, los cazadores escondidos en el límite de la arboleda

pusieron a punto arcos y lanzas con los ojos refulgentes de anhelo. Ya las cuerdas estaban prestas para el ataque cuando un rumor descendió por las laderas de la montaña. El alce huyó a la carrera sin llegar a probar el agua. El clamor se aproximaba hacia ellos a gran velocidad. Se miraron inquietos pero, habiendo perdido aquella pieza, la posibilidad de cazar otra mayor los tentaba. Se agazaparon, tensaron los arcos y guardaron silencio con los ojos fijos en los arbustos que ya se sacudían la nieve de las hojas temblando por las pisadas próximas de lo que parecía una criatura magnífica.

Apareció como un alud, desgajando cuanto se ponía a su paso. Mostrando sus temibles garras y colmillos, un formidable oso irrumpió en el claro corriendo junto a dos jóvenes atléticos, increíblemente hermosos, algo más corpulentos que los hombres comunes; dos seres divinos que parecían iguales, uno varón y la otra hembra, y que apretaban los dientes tratando de superar en velocidad al animal. Al salir al claro, los dioses intentaron parar su carrera, resbalando sobre la nieve, que saltó por los aires. Lograron detenerse a escasos metros de la laguna, pero el oso, torpe y pesado, aunque pretendió clavar las garras en la nieve, acabó con su enorme cuerpo en las aguas heladas del lago. Emergió de inmediato profiriendo un estentóreo rugido, que los jóvenes recibieron entre risotadas. Los cazadores se habían quedado inmóviles, presa del asombro, pero uno de ellos, que sintió verdadero pánico al oír el rugido, disparó sin pretenderlo una flecha que iba directa al pecho del oso. A menos de un palmo de alcanzar su objetivo, la mano de Apolo detuvo la saeta al vuelo. El oso rugió de nuevo y los cazadores huyeron en estampida. Ártemis recogió el arco que había disparado la flecha accidental, que

su dueño había abandonado en la precipitada fuga. Lo observó con interés, pues le parecía un arma útil, pero que los hombres manejaban toscamente. Cuando trató de tensarlo, la madera se quebró entre sus manos. Las carcajadas de su hermano resonaron en todo el bosque.

ooo

Notó el tacto viscoso recorriéndole las piernas. Leto trataba de escapar, pero ya era imposible, sus níveos tobillos habían quedado inmovilizados. No era solo el terror lo que la tenía paralizada, sino los implacables anillos de la serpiente que estaba decidida a acabar con ella. El monstruo se fue enroscando alrededor de su cuerpo, presionándola, haciéndola boquear de manera angustiosa mientras contemplaba con horror el brillo de los ojos de la bestia en la oscuridad, igual a los rescoldos de una fogata. Ya sin aire que respirar, Leto abrió los ojos y gritó. Sentada en su lecho con un sudor frío que aún recorría su espalda, tardó unos instantes en darse cuenta de que una pesadilla le había provocado tal turbación.

La estancia se iluminó con el candil de bronce que traía Apolo, cuya sonrisa serena bastó para que la titánide se sintiera segura. Su hijo le sirvió una copa del néctar que Temis les había entregado, junto a la preciada ambrosía, para que no tardaran en desarrollar sus cuerpos inmortales. Moraban en una formidable mansión excavada en la roca, una construcción de altos techos y grandes columnas que habían esculpido para Leto, como un regalo, los seres divinos del lejano norte, los hiperbóreos, maestros sin igual a la hora de convertir piedra en pulidas pilastras, pórticos ornamentados, paredes cinceladas... Sus alargados palacios aprovechaban la



Leto, Apolo y Ártemis moraban en una mansión de roca esculpida por los hiperbóreos.

altura de las montañas boreales para albergar salones de techos elevados que recibían el calor de la misma tierra a través de corredores que se hundían en sus profundidades.

—La bestia me sigue atormentando, aunque solo sea en mis sueños —dijo Leto—. Al despertar después de cada pesadilla las heridas todavía me duelen.

Descubriéndose la espalda, los brazos, las piernas, mostró a su hijo las huellas del feroz combate al cual sobrevivió gracias al pequeño puñal que llevaba siempre oculto. Cuando la serpiente había logrado atraparla y estaba a punto de constreñirla, consiguió llegar a él y causarle una terrible herida en el pecho, que le permitió escapar y ocultarse en aquellas tierras blancas que la habían visto nacer. Sabía que ya no debía temer la ira de Hera, sin embargo, para poner a Pitón detrás de ella, la diosa la había envenenado con la idea de que sus hijos le arrebatarían su poder. ¿Cómo podía estar segura de que el monstruo no seguía en su contra? Había probado su sangre y tal vez nunca cesaría en su empeño de volver a saborearla.

—¿Qué poder es ese, madre? —quiso saber Apolo.

—Un poder que todo dios ambiciona y que muy pocos tienen: el poder de desentrañar los hilos que tejen las moiras, los hilos del destino.

—Pero si Pitón es capaz de leer el destino, es posible que sepa cuál será el tuyo, el mío, incluso el suyo propio.

—Las moiras tejen los hilos, pero no todo está escrito. El poder de Pitón está ligado al lugar donde tiene su cubil: una sima a los pies del monte Parnaso a través de la cual la Madre Tierra deja escapar suspiros que provocan el conocimiento del presente, el pasado y el futuro. Hace mucho que el terror del monstruo ahuyentó a las dulces ninfas que habitaban

aquellos parajes y que asola las aldeas de los mortales de los alrededores. Mientras permanezca allí podremos vivir en paz.

Leto acarició la larga cabellera de su hijo, hermosa como la suya. Luego, dándole un beso, intentó recostarse a recuperar el sueño. Así la dejó Apolo, conmovido por el amargo relato.

El fuego de los trípodes crepitaba a la entrada de la mansión de piedra, una puerta porticada de magnífico frontón. Allí, sentada junto a la lumbre, Artemis trabajaba en la fabricación de un arco fuerte pero flexible, un arma fabulosa, capaz de resistir sus poderosos brazos, con la que salir a cazar al día siguiente. Cubierta con una larga capa de piel, prefería estar afuera, bajo el espectáculo del cielo estrellado de Hiperbórea, que en las asfixiantes estancias del interior.

Su hermano salió y, sentándose a su lado, observó la pieza, con su juego de afiladas flechas, que encontró elegante, bellamente ejecutada. Sintió ganas de probarla él mismo, de luchar contra la resistencia de la madera al doblarse, notar la tensión de la cuerda en sus dedos, la velocidad con la que la flecha saldría volando hacia el objetivo. Viendo el brillo en su mirada, Artemis se la puso en las manos para que la examinara. Apolo la miró de arriba abajo, volteándola.

Cuando el frío de la noche hizo su mordisco más acerbo, ella compartió la capa de piel con su hermano y ambos contemplaron los brillantes astros.

—Quiero conocer a nuestro padre, visitar su morada celeste —dijo Artemis. ¿Cuánto tiempo seguirían refugiados? ¿Cuándo podrían volver al mundo?

Apolo callaba a su lado, mirando con torva faz hacia el sur. En su mente resonaba la respuesta: volverían al mundo cuando se aplacaran los temores de su madre.

Cuando, al día siguiente, Ártemis abrió los ojos, advirtió que estaba sola. Su hermano se había escabullido de su lado durante la noche. Incorporándose, miró a su alrededor: el arco y las flechas tampoco estaban allí. Enojada, maldijo a Apolo por haber partido sin ella, porque de inmediato entendió con qué propósito se los había llevado.

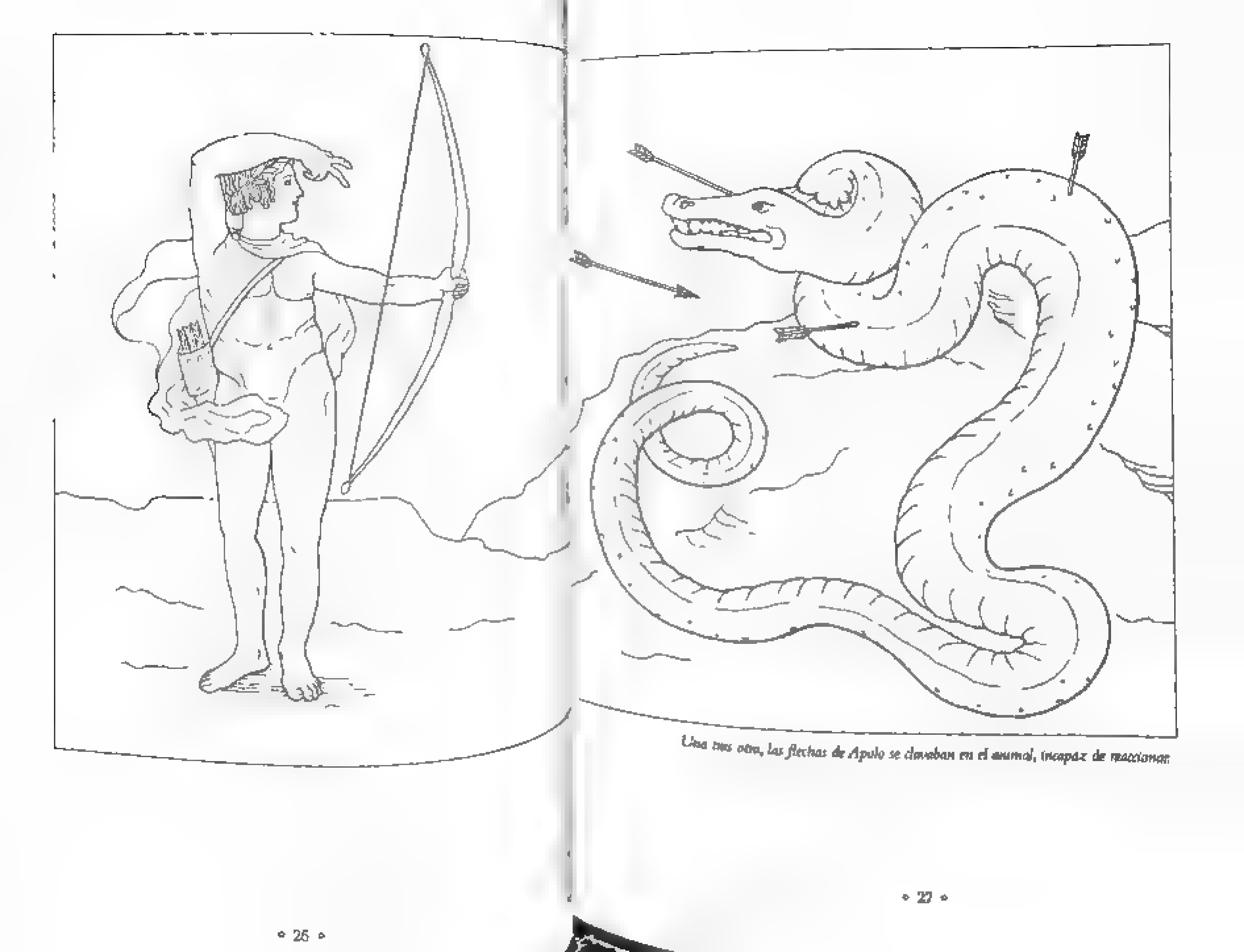
En el corazón del bosque, el agua del manantial brotaba a la sombra de una roca. Más allá, la tierra se hundía en una resquebrajadura dolorosa de insondable profundidad. A su lado, bajo una enorme peña, una cueva estrecha se abría sesgada en la piedra como si un gigante hubiera lanzado una enorme hacha contra ella. En la oscuridad de aquella cueva, hasta ahora en total quietud, brillaron dos ojos amarillentos.

La cabeza gigantesca de Pitón se acercó a la luz, donde sus orificios nasales se abrieron y cerraron para arrastrar aire a su interior. Un olor intenso la había despertado. Se oyó un balido no muy lejano. Los ojos de la serpiente se agrandaron. Su largo cuerpo se desenroscó y, apenas salió de la guarida, brillaron al sol sus escamas duras como el bronce. El barranco de las rocas Fedríades, aquellas que parecían querer rasgar los cielos con sus afilados riscos, tembló una vez más, y toda la montaña se impregnó de un aroma de terror y muerte.

La serpiente se internó en el bosque circundante, arrasando los matorrales a su paso y horadando el suelo con su monstruosa marca zigzagueante. Guiada por sus sentidos, pronto halló su presa entre los árboles: una cabra que pacía tranquila a plena vista. Pitón no acometió contra ella impulsivamente, pues al instante advirtió que estaba atada

a un tronco. Inmóvil, barrió los alrededores con su mirada, olisqueó el aire. No parecía que acechara amenaza alguna, aunque no por ello dejó de recelar de aquella presa demasiado fácil, sino que se aproximó hacia ella con sigilo. Cuando la cabra vio al monstruo, comenzó a berrear desesperada, tirando con tal ímpetu de la cuerda que parecía que iba a romperse el cuello. Como nada extraño sucedía, Pitón se convenció de que el único peligro era ella. En los desorbitados ojos oscuros del bóvido se reflejó la cabeza de la serpiente durante solo un instante, el momento que tardó la bestia en enredarse sobre su cuerpo y tensar sus anillos. Los huesos de la presa se hicieron añicos con un sonoro crujido. Entonces, desencajando la mandíbula para abrir la boca casi por completo, Pitón comenzó a tragársela lentamente, palmo a palmo, hasta que no quedó más rastro del animal que un deshilachado trozo de cuerda colgando del tronco del árbol.

Con la panza llena, el monstruo emprendió el regreso a casa. Ya no se movía con agilidad, sino torpemente, pensando en retirarse al fresco de su cubil para dormitar hasta la caída de la noche o quizás hasta el día siguiente. A escasos metros de la entrada, cuando acababa de pasar junto al manantial, su olfato le alertó de un olor distinto al de los excrementos y regurgitaciones que ocupaban el fondo de su cueva. Apenas tuvo tiempo para las sospechas. Un silbido atravesó el aire. Desde la negrura de la grieta apareció una saeta que fue a clavársele en un ojo. La bestia se retorció de dolor, mientras la sangre salpicaba a uno y otro lado. Otro silbido precedió al segundo proyectil, y luego un tercero y un cuarto, concatenados a tal velocidad que el animal no fue capaz de reaccionar. Una tras otra, las flechas le alcanzaron la



Una tras otra, las flechas de Apolo se clavaban en el animal, incapaz de reaccionar.

cabeza, el cuerpo, el blando abdomen que ya no procuraba proteger, recorrido todavía a la altura del cuello por una cicatriz transversal: la marca de la herida que le infligiera Leto en el pasado. En un último intento ciego y desesperado de defenderse, Pitón se preparó para lanzar una dentellada brutal hacia la cueva, pero tan pronto abrió la boca, una última flecha se clavó en su garganta con tanta fuerza que la punta salió por el otro lado. Cuando el monstruo se echó atrás, asfixiado por su propia sangre, Apolo emergió de las sombras y, de un salto, se lanzó a su cuello, que Pitón irguió hacia el cielo, presa del sufrimiento, como si pretendiera dar su último bufido a los dioses. El hijo de Leto se aferró a la bestia clavándole el pequeño puñal de su madre en la misma cicatriz de otros tiempos. Resiguiéndola, abrió sin piedad la carne de la serpiente hasta que brotaron sus entrañas humeantes. Pitón se precipitó en las aguas del estanque, que saltaron rebosantes, anegando la tierra de rojo sangre.

En aquellas aguas poco profundas, el cuerpo del monstruo dio su último espasmo después de extinguirse su hálito vital. Tendido a su lado, rodeado por sus despojos, Apolo intentaba recuperar el resuello. Allí se quedó unos instantes con la cabeza fuera del agua. La pesadilla de su madre había acabado.

Las aguas emergían de la roca con tal pureza que se llevaban rápidamente la sangre de la bestia ladera abajo. Pronto habían lavado los cuerpos de la víctima y su verdugo. Apolo se disponía a levantarse cuando algo lo detuvo: notó el contacto de unas manos que enredaban los dedos en su cabello, manos cariñosas, como las de una madre. Cerró los ojos y dejó que lo acariciaran, dándole una serenidad que no había conocido hasta entonces. El suave vaivén de aquella piel que parecía

confundirse con la suya lo llevó a un profundo y placentero letargo y, abandonándose a él, oyó que unos susurros lo llamaban desde lo más profundo, lo más oculto de su propia mente. Entonces, como un río subterráneo que se hundía y se hundía en las entrañas del universo, guiado por aquellas manos, comenzó a fluir en su interior el conocimiento del tiempo en todas sus formas: el pasado, el presente, el futuro. Lanzándose a aquel río, bebió de sus aguas con ansiedad, y de ese modo fue capaz de ver el nacimiento del cosmos y los prodigiosos acontecimientos que lo habían convertido en lo que era, batallas brutales, amores trágicos, dioses enloquecidos, nacimientos malhadados, ominosos y otros redentores, salvíficos. No eran visiones, sino saber, experiencia vivida en su carne, impresa en su mente. El dios se despertó, casi ahogándose, y tuvo que incorporarse para poder respirar.

Salió del manantial aturdido, manteniéndose a duras penas en pie. Notaba en su pecho una fuerza desconocida, un vigor que lo hacía más seguro de sí mismo, pero al mismo tiempo percibía también un peso inaudito sobre sus hombros, la gravedad de una sabiduría que pocos seres tenían en el universo, ni siquiera su propio padre, ni siquiera Zeus, el soberano celeste.

cabeza, el cuerpo, el blando abdomen que ya no procuraba proteger, recorrido todavía a la altura del cuello por una cicatriz transversal, la marca de la herida que le infligiera Leto en el pasado. En un último intento ciego y desesperado de defenderse, Pitón se preparó para lanzar una dentellada brutal hacia la cueva, pero tan pronto abrió la boca, una última flecha se clavó en su garganta con tanta fuerza que la punta salió por el otro lado. Cuando el monstruo se echó atrás, asfixiado por su propia sangre, Apolo emergió de las sombras y, de un salto, se lanzó a su cuello, que Pitón irguió hacia el cielo, presa del sufrimiento, como si pretendiera dar su último bufido a los dioses. El hijo de Leto se aferró a la bestia clavándole el pequeño puñal de su madre en la misma cicatriz de otros tiempos. Resiguiéndola, abrió sin piedad la carne de la serpiente hasta que brotaron sus entrañas humeantes. Pitón se precipitó en las aguas del estanque, que saltaron rebosantes, anegando la tierra de rojo sangre.

En aquellas aguas poco profundas, el cuerpo del monstruo dio su último espasmo después de extinguirse su hálito vital. Tendido a su lado, rodeado por sus despojos, Apolo intentaba recuperar el resuello. Allí se quedó unos instantes con la cabeza fuera del agua. La pesadilla de su madre había acabado.

Las aguas emergían de la roca con tal pureza que se llevaban rápidamente la sangre de la bestia ladera abajo. Pronto habían lavado los cuerpos de la víctima y su verdugo. Apolo se disponía a levantarse cuando algo lo detuvo: notó el contacto de unas manos que enredaban los dedos en su cabello, manos cariñosas, como las de una madre. Cerró los ojos y dejó que lo acariciaran, dándole una serenidad que no había conocido hasta entonces. El suave vaivén de aquella piel que parecía

confundirse con la suya lo llevó a un profundo y placentero letargo y, abandonándose a él, oyó que unos susurros lo llamaban desde lo más profundo, lo más oculto de su propia mente. Entonces, como un río subterráneo que se hundía y se hundía en las entrañas del universo, guiado por aquellas manos, comenzó a fluir en su interior el conocimiento del tiempo en todas sus formas: el pasado, el presente, el futuro. Lanzándose a aquel río, bebió de sus aguas con ansiedad, y de ese modo fue capaz de ver el nacimiento del cosmos y los prodigiosos acontecimientos que lo habían convertido en lo que era, batallas brutales, amores trágicos, dioses enloquecidos, nacimientos malhadados, ominosos y otros redentores, salvíficos. No eran visiones, sino saber, experiencia vivida en su carne, impresa en su mente. El dios se despertó, casi ahogándose, y tuvo que incorporarse para poder respirar.

Salió del manantial aturdido, manteniéndose a duras penas en pie. Notaba en su pecho una fuerza desconocida, un vigor que lo hacía más seguro de sí mismo, pero al mismo tiempo percibía también un peso maldito sobre sus hombros: la gravedad de una sabiduría que pocos seres tenían en el universo, ni siquiera su propio padre, ni siquiera Zeus, el soberano celeste.

2

Flechas fatídicas

Hierro y fuego. Atronadores tañidos y espesas fumaradas. Las flamas iluminaban el duro rostro de Hefesto, dios de la fragua, y empapaban de sudor su desaliñada barba. Con movimientos renqueantes, Hefesto vertió un río de plata en un estrecho molde. Después aguardó con paciencia. Tras desprenderlo, trabajó para endurecerlo y pulirlo con líquidos ácidos. Sus manos se deslizaban lentas y firmes, ganando paso a paso, diestramente, el delicado resultado que pretendía. No se detuvieron hasta confeccionar un arco estilizado y brillante como la luna. Luego se afanó en crear los proyectiles: afiladas y relucientes saetas, equilibradas para garantizar el vuelo más certero y veloz. Habiendo acabado, contempló con orgullo su obra mientras se limpiaba las callosas manos sobre el pecho. Introdujo cada flecha en un carcaj y lo cargó sobre sus espaldas dispuesto a emprender el camino al Olimpo.

Allí, como de costumbre, su llegada la anunció el sonido de su paso vacilante sobre el pulido mármol del hogar de los eternos. El divino herrero avanzó sin premura entre las columnas que ascendían hasta perderse de vista en la estancia principal, donde las formas perfectas y acrisoladas hacían más visible su tosquedad. Sobre el trono, el soberano celestial aguardaba impaciente por ver el trabajo que había encargado. Cuando Hefesto mostró el arco y las flechas de plata, Zeus sonrió complacido. A la llamada de su poderosa voz, Iris acudió al momento.

—Estimada Iris, rauda mensajera, te pido que entregues este precioso regalo a mi hijo Apolo, pues ha demostrado un talento sin igual en el manejo del arco y estoy convencido de que con él llevará a cabo hazañas excelentes.

Asintiendo, Iris recogió el carcaj y el arco que le entregaba Hefesto. Pronto el arma estaría en manos del hijo de Leto.

ooo

Los bisontes se alimentaban de follaje y cortezas en las ondulantes praderas de un altiplano. Deslumbrada, Artemis los observaba escondida detrás de los arbustos, en la linde del bosque, admirando las anchas cabezas y el denso pelaje pardo que cubría sus poderosos cuartos delanteros. Adoraba aquellos animales tremendamente pesados y a la vez majestuosos, muestras magníficas de las criaturas con que su padre había sido capaz de llenar el mundo. En un extremo del prado, la diosa había visto agitarse en silencio las largas melenas de una manada de leones. Estos salvajes felinos se desplazaban desde las tierras del este empujados por las cacerías que promovían los reyes para ahuyentarlos de sus territorios.

En su huida, asolaban las poblaciones de animales más mansos, poco acostumbrados a depredadores tan implacables. Ahora espiaban a los bisontes agazapados entre la vegetación. El viento soplaba en su contra.

El primero de ellos salió de su escondite. Avanzaba lentamente, con la cabeza gacha, sin que el bisonte que estaba más cerca, apartado del grupo, advirtiera su presencia. Artemis extrajo una flecha, la armó en el arco, tensó la cuerda. Así permaneció apuntando hacia el atacante. El león siguió adelante arrastrando el vientre entre los matojos, confundiéndose con los terrones de la tierra. Como los bisontes no podían olerlos ni parecía que los vieran, los demás felinos salieron a la pradera detrás del primero. Dudó entonces la divina cazadora, pues en ese punto se vio con demasiados objetivos que alcanzar. A pesar de su torpe vista, el bisonte separado descubrió al primero de los felinos y corrió hacia los suyos. Entonces el león se lanzó al ataque, mientras sus compañeros ya corrían detrás. Artemis dirigía su arco alternativamente hacia el primero y después hacia los demás. ¿A cuál de ellos debería disparar? Un instante antes de que soltara su flecha, quedó deslumbrada por un objeto brillante que atravesaba los cielos desde la lejanía dibujando una parábola y que fue a clavarse allí mismo, en medio de los pastos, con semejante fuerza que la pradera entera retembló y se alzó una nube de polvo. Machos, hembras y becerros huyeron arrollando a todo lo que se ponía a su paso. Los leones salieron a la carrera en dirección contraria, buscando de nuevo el amparo del bosque.

Artemis avanzó entre la polvareda, oyendo alejarse ladera abajo el rumor de la estampida de los bisontes. Se dirigía



Ártemis dirigía su arco alternativamente hacia el primer felino y hacia los demás.

hacia el lugar del impacto en busca de una explicación a lo sucedido. Clavada en el centro del prado, encontró una refulgente flecha de plata.

∞

Cerca de los desfiladeros de la costa y las cuevas de Citera, algunas de las hermosas hijas del anciano del mar, Nereo, jugaban despreocupadas entre risas y cánticos, bañando los pies desnudos en el agua salada. Sus túnicas de seda blanca se agitaban al ritmo de sus melodiosas voces, mientras adornaban sus largas melenas con coronas de algas e improvisaban tocados con corales. La mayor de ellas, llamada Yanira, ensayaba una prodigiosa danza, emergiendo de las aguas y volviéndose a hundir, ajena a tanta presunción. Fue ella quien, al mirar mar adentro, vio un objeto refulgente que se acercaba volando por encima de la superficie a tanta velocidad que alzaba una cortina de agua a su paso. Alcanzó la orilla tan rápido que apenas tuvieron tiempo de apartarse; pasó entre ellas, revolviendo sus túnicas y sus cabellos, hasta clavarse en la playa con un estallido de arena. Todavía se preguntaban qué había sucedido cuando un pesado cuerpo cayó del cielo junto al lugar del impacto, haciendo saltar la arena por los aires.

El dios, que había aterrizado con una rodilla en el suelo y apoyándose con el puño, llevaba un arco de plata en el otro brazo. Hundiendo la mano en la arena, extrajo el objeto que allí se había clavado. Era una flecha que acababa de atravesar el cuerpo de un cangrejo. Se volvió hacia ellas, que lo miraban expectantes. La satisfacción de su rostro mostraba que había dado en el blanco pretendido. Yanira fue hacia él, irritada.

—No es divertido tu juego, arquero, sino que muy peligroso. Mis hermanas y yo nos solazamos en la calma de estas costas que vienes a turbar por orgullo y nos has asustado.

Se oyeron risas nerviosas a su espalda y ella, así desautorizada, se sintió molesta y frunció todavía más el ceño. Apolo se alzaba ante ella con su corpulento pecho, los fuertes músculos de sus brazos todavía latiendo por el esfuerzo, la melena agitada por la brisa del mar. Ante aquella figura de imponente belleza, las nereidas se habían agrupado y lo miraban arrobadas. Él observó sus cuerpos jóvenes bajo las túnicas pegadas a su piel por el agua y se excitó su deseo. Viéndose admirado, se sintió seguro del poder de su presencia y pensó que las ninfas de las aguas se rendirían sin gran esfuerzo.

—Proponed vosotras el juego —dijo entonces—. Soy todo vuestro para ello.

Estas palabras incitadoras provocaron un revuelo, e incluso Yanira notó que sus mejillas se inflamaban. Apolo pretendió avanzar hacia ellas, pero, en el breve instante que duró ese movimiento, algunas saltaron al mar y otras recularon hasta tocar el agua que arribaba a la playa, donde se disolvieron en la espuma. Apolo se encontró súbitamente solo, sin entender lo ocurrido.

Una risa burlona e infantil estalló detrás de él. Al volverse hacia ella, se encontró con Eros sentado en la rama de un árbol, divertido por el espectáculo que había presenciado. Su pequeño arco y el carcaj que cargaba a la espalda, lleno de flechas diminutas, le parecieron un remedo ridículo de su elegante arma forjada en plata.

—Buena puntería, pero mal ojo —dijo el divino Eros, carcajeándose.

—¿Qué tienes tú que ver, niño, con las armas de los valientes? ¿Pueden tus bracitos tender el arco que pueda tumbar a fieras, monstruos o cualquier enemigo glorioso?

La inquina de aquellas palabras borró la risa del rostro del joven arquero.

—Mis flechas provocan pasiones irreprimibles, una gloria que no es menor que la tuya.

—Pues afina, porque parece que cosechas más desastres que éxitos. —Con un movimiento ágil, cargó una flecha y tensó la cuerda—. Anda, ve a ayudar a quien lo necesite, que yo me basto solo en mis lides y en las tuyas.

Y tal diciendo, alzó el arco y disparó hacia Eros. El proyectil plateado arrebató el pequeño arco de Eros de sus propias manos. El dios cayó hacia atrás por la sorpresa y enseguida se vio en el suelo. Al incorporarse, vio que Apolo ya se alejaba. La rabia le llenó los ojos de lágrimas.

◊◊◊

Apolo corría por un sendero que moría en lo alto de una colina. Cuando llegó allí, divisó valles y montañas, el mar y un sol que trataba de competir con él en esplendor. Clavó sus flechas en la tierra formando un semicírculo y, apostándose en su interior, tomó el arco y lo cargó con la primera de ellas.

El disparo se perdió en la distancia, veloz, resiguiendo la costa hasta clavarse, muy lejos al norte, en unos acantilados blancos cuyas paredes se derrumbaron en vertical sobre el mar. El dios estaba complacido, pero quería superarse. Tensó el arco de nuevo y apuntó al cielo, donde las nubes levitaban pausadamente. Pero entonces titubeó.

Bajó el arma y apuntó hacia un denso bosque que se extendía remontando una colina. La flecha salió disparada y atravesó la espesura como manteca, quebrando a su paso los duros troncos de los árboles. Pero no se detuvo allí, sino que continuó silbando ominosamente en dirección a una aldea lejana, rodeada de pastos donde los hombres llevaban a apacentar el ganado. Atravesó a media docena de animales, que fueron desplomándose con sus entrañas desparramadas sobre la tierra, y acabó impactando en la cabaña de un pastor, que se derrumbó convertida en un segundo en una acumulación de piedras. El dios se sintió complacido, sin pararse a pensar en la mortandad que había causado.

Al atardecer, descendió hasta una playa boscosa, donde hizo una fogata y se sentó a la lumbre. Mientras practicaba, había advertido que, según tensara la cuerda del arco con mayor o menor intensidad, esta producía cierta sonoridad que agradaba al oído. Cuando disparaba, ya no buscaba solo acertar dianas, sino acompañar los tiros con una u otra resonancia. Mientras asomaban las primeras estrellas, sintió que se suavizaba la exaltación que le producía la posibilidad de un disparo certero y se dejó seducir por los sonidos que producía el filamento. Vio que, si variaba la longitud de la cuerda, la pulsación generaba una vibración distinta, más grave si la cuerda era larga, más aguda si la cuerda era corta. La concatenación de sonidos en series cadenciosas apaciguaba su impetuoso ánimo.

Ártemis salió del bosque y, llegando frente a él, clavó en el suelo la flecha de plata que había encontrado en el altiplano.

—Excelente regalo, enhorabuena —dijo, haciendo un gesto hosco—. Yo tuve que reclamarle al padre celeste este

arco, porque no parecía que fuera a dármelo jamás, y no me concedió uno tan hermoso.

—El tuyo es para cazar —observó soberbio Apolo.

—Al menos tiene utilidad.

Así respondió su hermana, justo antes de volver sobre sus pasos hacia la oscuridad. Mientras se alejaba, pensaba que él contestaría algo, que la llamaría, que tal vez iría a buscarla. Pero Apolo guardó silencio y se quedó junto a la lumbre. Antes de desaparecer, ella se detuvo y volvió levemente la cabeza para mirarlo de reojo. Su hermano estaba ensimismado, jugando con la cuerda de su arco. Pulsándola con delicadeza, comenzó a canturrear para sus adentros. La diosa apretó los labios y lo dejó allí.

La suave brisa que venía del mar trasladó las melodías de Apolo a través de la noche como un eco apenas perceptible pero presente, semejante a una resonancia interior. En los bosques, las ninfas de los árboles, de los estanques, de los ríos se detenían conmovidas, dándose cuenta de que notaban de nuevo el latido de la Madre Tierra, en la mansión del anciano del mar, las nereidas sentían un delicado hormigueo transmitido por las aguas y no podían evitar salir a coquetear con las olas. Los animales olvidaban las amenazas ocultas en las sombras: sus corazones enlentecían los latidos. Las flores, encandiladas, abrían sus pétalos a la luna. En las aldeas, los mortales acostaban a sus retoños tatareando la mágica melodía. Durante aquellos momentos, todo el universo parecía haberse detenido, e incluso las estrellas dejaron de titilar.

Hasta la etérea morada de Zeus se elevó la cadencia suave. Zigzagueó entre las altas columnas, se coló por pasillos y puertas, dispersó los jirones brumosos que reptaban por



el suelo y agitó las sedas que ornaban las estancias divinas. Atraída por aquel encantamiento, la propia Hera se asomó a un balcón natural, situado entre inmensos árboles, para vislumbrar el mundo dominado por la oscuridad, donde una miríada de luces parecía un reflejo inverso de los astros de la bóveda celeste. El canto la estremeció como a una inocente doncella, por más que sabía que aquella era la voz del hijo de Leto. Junto a ella acudió el soberano celeste, quien, inspirado por la melodía, la cubrió con sus brazos en silencio. Hera se acurrucó plácida entre ellos y le dedicó una mirada de ternura, de comprensión, una mirada de perdón.

ooo

El nuevo día recibió a un sol radiante que parecía tener prisa por iluminar toda la Tierra. Las nieves de las altas montañas habían comenzado a diluirse. Los árboles se sacudían el rocío, osos y zorros asomaban desde sus guaridas para contemplar el nuevo despertar de la naturaleza. Del interior de los troncos de dos árboles surgieron, como si se abrieran paso por una resquebrajadura invisible, Estilbe y Dafne. Alzando el rostro, las dos quedaron inmóviles un instante para recibir la cálida caricia del sol que se filtraba entre las copas, pero enseguida estalló la energía en ellas y echaron a correr hasta el río, que, aumentado su caudal por el deshielo, bajaba cada vez más salvaje.

—¡Despierta, padre! —dijeron casi a coro.

Las aguas del río aumentaron fragorosamente y alzaron desde el interior al venerable Peneo, con su larga y blanca barba. Encabezando la bajada del torrente como un jefe guerrero al frente de una tropa, el río inició su descenso hacia el mar, hinchando su cauce a su paso. Más abajo, se hacía ancho y más

tranquilo y reverdecía las llanuras, que cincelaba con amplios meandros. Antes de la desembocadura, atravesaba una cañada, el valle del Tempe, donde discurría en ondas espumeantes y se despeñaba formando neblinas tenues que llovían sobre los árboles. En una cueva abierta en la roca viva, con el lecho cubierto de agua, Peneo se alzó de nuevo desde el líquido elemento y se sentó en un trono labrado en la misma piedra. Alegre, contempló las danzas y los cantos con que sus hijas, que lo habían acompañado durante todo el trayecto, saludaban la llegada de la primavera.

—¿Cuándo podré tener nietos en mi regazo? —preguntó.

—Pronto, padre —suspiró Estilbe.

—¿Pronto? —inquirió Dafne—. ¡Nunca! Queremos ser libres eternamente.

Tomando a su hermana del brazo, la arrastró a las aguas y allí se sumergieron las dos dejando el eco de sus risas resonando en la bóveda de piedra.

Entretanto, no lejos de allí, Apolo buceaba entre los peces que remontaban las aguas calmas de la desembocadura del Peneo. Cuando salió de su reconfortante baño, se internó en el bosque en busca de ornamentos vegetales para fabricar un tocado con el que recogerse el pelo. Remontó el río recorriendo los bellos bosques de su ribera, bebiendo su agua fresca, disfrutando de la exuberante vida que invadía el mundo creado por los olímpicos a las órdenes de su padre. Desconocía que sus días felices llegaban a su fin, porque Eros, resentido, lo vigilaba desde una colina con expresión de malevolencia.

El pequeño arquero tenía en la mano dos flechas de distinta naturaleza: un proyectil de oro que brillaba bajo el sol

y otro con la punta roma, sin brillo, forjado en plomo. Uniendo las dos, cargó su arco con ellas, apuntó hacia los cielos y disparó. Las flechas se elevaron y luego, por su propio peso, volvieron a caer. En su descenso, sus trayectorias se separaron, perdiéndose cada una en la espesura de los bosques del valle del Tempe en una dirección distinta. La saeta de oro perdió su fulgor hasta quedar completamente translúcida, por lo que Apolo no la vio ni tampoco sintió su herida cuando se le clavó en el pecho. Una extraña inquietud creció de forma repentina en su interior: los sonidos de los bosques lo inquietaron, buscó con la mirada, escuchó atentamente, sentía de manera casi dolorosa.

Cogidas de la mano, las hijas de Peneo danzaban en corro bajo los pétalos que de los árboles llovían encima de ellas. La flecha de plomo, ya invisible, se cernía sobre ellas y podía alcanzar a cualquiera de las dos, puesto que, en su baile, tan pronto Estilbe se colocaba debajo como se cambiaba por Dafne. Por simple azar fue la segunda quien se convirtió en la diana de la saeta fatídica. Se detuvo de repente. El gusto dulce de las alegres canciones que entonaban se le volvió amargo en la boca y extravió la mirada con el alma en vilo.

Haciéndole una burla inocente, Estilbe echó a correr por los márgenes del río. Dafne la siguió con indiferencia. Sus hermosos ojos, hasta entonces relucientes, habían languidecido en un arranque de melancolía. De pronto le molestaba la luz y el ruido, el ajetreo de la vida y solo anhelaba el silencio. Pensando en dejar correr a su hermana e internarse en el bosque, se encontró con que Estilbe se había detenido y le señalaba las alturas de un peñasco. Allí arriba se destacaba un dios joven y hermoso que se disponía a lanzarse a las aguas

esmeralda del estanque que formaba en ese punto el Peneo, flanqueado por el bosque y las paredes de roca. Estilbe notó que sus mejillas se arrebolaban admirando la complexión perfecta del aquel hermoso ser inmortal. Al mismo tiempo, Dafne sintió crecer en su interior una desconcertante aversión ante aquella carne brutal. Sin saber que era observado, Apolo se impulsó y saltó extendiendo los brazos hacia los lados y luego juntándolos. Adquiriendo en pleno vuelo el mismo aspecto centelleante que tenían flechas, se zambulló en el estanque sin apenas mover sus aguas.

Emergió con el brillo del sol a la espalda, salpicando agua hacia lo alto al echar atrás su cabello. Se disponía a tumbar su magnífico cuerpo sobre la hierba, donde había apoyado el arco, el carcaj y la túnica, cuando un chasquido próximo lo puso en guardia. Estilbe, que se había acercado a espiarlo, reculó al verse descubierta y anduvo con sigilo hasta el lugar donde había dejado a su hermana. Acababa de alcanzarla cuando Apolo salió de la espesura con la daga de Leto en la mano, totalmente desnudo. Las hijas de Peneo se asustaron y se echaron una a los brazos de la otra, pero no parecía que aquella radiante divinidad fuera a atacarlas. Observaba a Dafne como si jamás hubiera visto un ser parecido, sus cabellos revueltos, sus finos labios, las mejillas rosadas en una tez nacarada, el azul insondable de sus ojos. Apolo sintió que le faltaba el aire y solo había una cosa que podía hacerle recuperar el resuello: una palabra de aquella maravillosa criatura del bosque. Titubeante, anduvo hacia ella. Dafne se deshizo del abrazo de su hermana y salió corriendo hasta perderse en la espesura del bosque. Comprendiendo lo que sucedía, Estilbe quedó sorprendida por la reacción de su hermana. Apolo no lograba

pensar con claridad. Mientras veía desaparecer la incomparable hermosura de aquella ninfa, se decía convencido que su corazón no encontraría nunca otra dueña que no fuera ella.

∞

Pálida y delgada, Dafne recorría un sendero pedregoso al pie de un apartado risco, en el corazón de la montaña. Ya no encontraba placer en pasear entre las flores, acariciando sus pétalos y haciendo saltar el polen entre sus dedos, ya no se regocijaba al sentir la fresca hierba bajo sus pies desnudos o el calor del sol en las mejillas. Tenía el corazón encogido, como un puño, y solo conseguía volver a sentirlo latir cuando se alejaba de los caminos y penetraba en los terrenos más fragosos, en los lugares más solitarios. Atraídos por su pesadumbre, los animales se acercaban a ella sin temor alguno. Hasta las fieras del bosque dejaban que su mano lánguida las acariciara.

Estilbe conocía bien sus escondrijos y no dejaba de visitarla. Le proponía juegos y chanzas, pero no encontraba nunca su complicidad. Cuando intentaba saber el motivo de su cambio de actitud, Dafne respondía que lo desconocía. Incansable, una tarde fue a buscarla con noticias de su padre. Peneo iba a celebrar una reunión de los ríos a la que todos sus vástagos estaban llamados a ir. Habiendo recogido unas flores, Estilbe diseñó un par de hermosas coronas. Acudirían a la fiesta con ellas, anunció, y conocerían a jóvenes apuestos. Con su melena llena de pequeñas flores, se divirtió ideando poses seductoras.

—Reserva para ti los flirteos y el amor, porque yo no acudiré al banquete —dijo su hermana con gesto intranquilo.

—Oh, no, hermana, no lo entiendes. Es una orden. Nuestro padre exige tu presencia.

Dafne sintió un terrible desasosiego. Jamás su padre se había opuesto a su voluntad, jamás el buen Peneo le había dado una orden.

∞

El día del banquete, Peneo ejerció de anfitrión desde su lustroso trono esculpido en piedra. Recibió a los invitados rodeado por sus hijas, que vestían coloridas túnicas y alegres tocados. Estilbe no se cansaba de reír con su sonrisa resplandeciente, en contraste con la expresión fría de su hermana. Sin embargo, parecía que el silencio de Dafne, el misterio de sus ojos, cautivaba todavía más a sus posibles pretendientes.

A todos cuantos quisieron aproximarse para cortejarla, ella los ahuyentó con gestos desabridos. Su padre, a cargo de los parlamentos, el banquete, el orden de la fiesta, la observaba quedamente con la esperanza de que llegara alguno que supiera ablandar su ánimo. En lo más fragoroso del banquete, Apolo entró en la sala, radiante, intentando mezclarse entre los invitados. Sin embargo, como era imposible no admirarlo y tampoco había motivo para su presencia, todos los asistentes murmuraron preguntándose qué haría allí. Peneo y Estilbe cruzaron una mirada, pues ella le había hablado de su encuentro. El rey se dispuso a recibirlo, pero se detuvo. El hijo de Zeus caminaba en busca de Dafne.

Cuando ella lo vio acercarse, su bello rostro se tiñó de avergonzado rubor y se encogió en su asiento a la cabecera de la mesa. Apolo llegó hasta ella y, mirándola tiernamente, echó una rodilla al suelo para hablarle a su misma altura.

—Desgraciado de mí, he buscado, sin hallarla, alguna hierba que curara la zozobra que me causa tu esplendor. Como

arden las pajas livianas una vez despojadas de las espigas, así han encendido en llamas mi corazón tus ojos. Dime si mis esperanzas alimentan un amor estéril.

Dafne lo miraba turbada, consciente de la atención que se concentraba sobre ellos. A sus pies no se presentaba una alimaña del monte o un ser repelente, sino el hijo de Zeus por cuyo canto en armonía se suavizaba el mundo, por cuya mediación, decían, se revelaba lo que sería y lo que había sido.

Cegado de amor, Apolo intentaba interpretar el gesto de la ninfa, incapaz de ver la angustia en él. Pensó erróneamente que callaba por el arrobamiento que le producían sus dulces súplicas. Así, avanzó la mano para tratar de acariciar la de ella, pero Dafne se retiró de modo espontáneo, sin pensar en que podía herir el orgullo del dios, rechazándolo con todo su cuerpo de modo que arrastró el asiento hacia atrás y produjo un sonido chirriante que hizo el silencio en la sala. Apolo fue consciente entonces de que eran el centro de todas las miradas. Observándola con los ojos del ternero ante el verdugo, se alzó lentamente, dio media vuelta y se fue.

Peneo tomó a su hija del brazo y se retiró con ella a una sala anexa. Dafne lo siguió cabizbaja, entristecida, pero sin pronunciar una disculpa.

—Hija mía, ¿tanto ha de costarte complacer a tu anciano padre? El hijo de Zeus pretende tu amor y tú lo desairas. ¿Qué hechizo maldito te ha poseído?

—No lo puedo decir, porque no lo sé. Solo sé que odio como un crimen las antorchas nupciales. Tengo un único anhelo y tú eres quien puede concedérmelo. Otórgame, padre, el poder disfrutar de una virginidad perpetua, como Zeus le ha regalado a Artemis.

—Tu misma hermosura se opone a tus anhelos —dijo su padre. No podía entenderla, pero se veía desarmado ante la fragilidad de su voz.

—No dudes de mi firmeza —respondió Dafne. Solo en aquellas palabras fue capaz de mostrar confianza.

∞

Apolo se acuclilló tras unas piedras, con el corazón consumido al ver a la ninfa sentada sobre un tronco con la mirada perdida. El sol de la tarde sorteaba apenas las ramas de los árboles. Viendo que los cabellos le caían por el cuello sin aliño, el dios sintió el anhelo de peinarlos, de sujetarlos con una cinta, aunque fuera en desorden. ¿Qué poderes eran los suyos, que no le servían para ganarse el favor de una ninfa? Enterró sus dedos en la hierba y arrancó un puñado. Sus deseos de unir su luz con la de ella, de acariciar sus mejillas, sus brazos pálidos, besar sus labios, terminaron por superarlo. Salió a buscarla, decidido a aclarar el motivo de su rechazo. Al verlo aparecer, Dafne se levantó y retrocedió atemorizada.

—Ninfa, por favor, detente —pidió él, alzando las manos—. No soy un enemigo que te persigue, no soy un lobo ni tú una cierva. —Él siguió avanzando y ella reculaba—. El amor es el motivo que tengo para seguirte. —A cada paso que él daba, otro tanto retrocedía ella—. No sigas, no vayas a caerte de bruces, no vayan las zarzas a señalar tus piernas, que merecen caricias, no vaya a ser yo causante de tu dolor, cuando lo que quiero es regalarte el universo entero.

Casi llegaba hasta ella y tendía las manos intentando impedir que tropezara y cayera, pero ella se sentía cada vez más aterrorizada. Dejándolo con la palabra en la boca, Dafne se

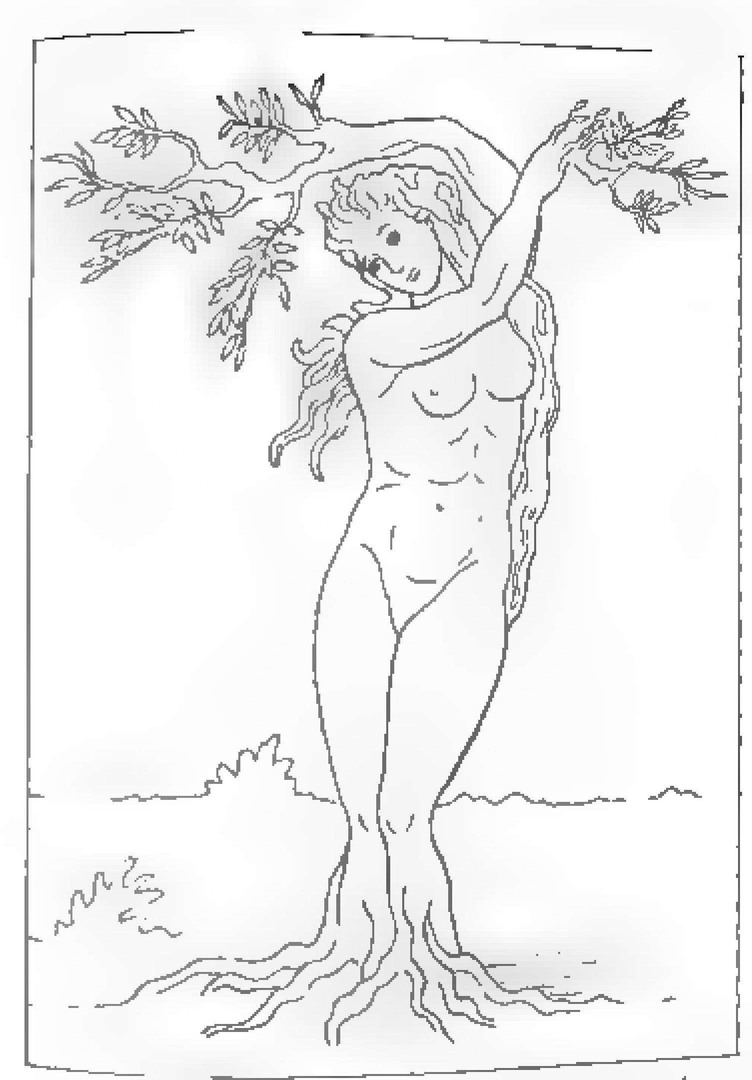
volvió de improviso, y corrió ladera abajo despavorida. Aun así Apolo ardía de amor al verla, pues el viento le descubría las formas, las brisas que se le enfrentaban agitaban sus ropas y un aura suave le empujaba atrás los cabellos, pareciendo aún más salvaje, más intensa, su belleza. Arrastrado por sus impulsos amorosos, Apolo salió tras ella. Así corrieron veloces el dios y la ninfa como un perro que persiguiera a una liebre. Sintiéndose acosada, sin pensar con serenidad, Dafne descendió la montaña saltando, cayendo y rodando, volviéndose a levantar, aunque su túnica se rasgaba, su cuerpo se llenaba de magulladuras, se hería los pies desnudos con las piedras. El río discurría plácidamente abajo, en el valle. Cuando salió del bosque y vio centellear las aguas allá, en la ribera, Dafne llamó a Peneo jadeando como un cervatillo herido.

—¡Socórreme, padre!

Peneo se alzó de las aguas y vio a su hija herida, perseguida por Apolo. No podía, no debía enfrentarse al hijo de Zeus. Pero ¿qué podía hacer para salvar a su hija?

—¡Padre mío, no te lamentes por mí! —le suplicó ella con sus mejillas bañadas de lágrimas—. ¡Destruye, transformándola, esta figura mía que me hace ser deseada!

Con un oscuro pesar en el pecho, Peneo admitió que no podía negarse a la petición. Alzando la mano hacia ella, hizo que una ligera bruma brotara de la fértil tierra ribereña y se enroscara alrededor de sus pies. Un suave entorpecimiento se apoderó de los miembros de Dafne, sus suaves formas fueron adquiriendo rigidez: su piel convirtiéndose en una corteza delgada que se iba endureciendo, sus cabellos se espesaron hasta volverse hojas, en ramas se trocaron sus brazos, los pies le quedaron inmovilizados en raíces fijas, una copa



Las suaves formas de Dafne fueron convirtiéndose en una corteza delgada.

arbórea ocupó el lugar de su bellísimo rostro. Su esplendente belleza fue lo único que quedaba cuando se hubo convertido en un árbol, un aromático laurel.

Enloquecido ante lo que acababa de presenciar, el dios se abalanzó hacia el árbol y lo abrazó. Aún creía oír los latidos de su amada al otro lado de la corteza. Un velo siniestro cubrió sus ojos: le pareció que el sol se ocultaba, que las tinieblas asaltaban el mundo. Un implacable puñal invisible lo desgarraba por dentro lacerándolo con tanta intensidad que no creyó que fuera capaz de moverse jamás, de abandonar aquel abrazo. Se golpeó el pecho para tratar de acabar con la presión que lo comprimía sin clemencia, pero nada logró liberarlo. Jamás podría deleitarse con la belleza indómita de Dafne. Cayendo de rodillas, gritó con un desespero extraño, nuevo para él. Luego, en un estallido de ira contra sí mismo, tomó impulso y, con todas sus fuerzas, dio un poderoso salto que lo alejó en un instante de aquel valle infausto, un furioso salto que lo encaminaba en dirección al frío norte.

3

Corazones heridos

En una cueva perdida en las heladas montañas de Hiperbórea, Apolo yacía dormitando como un perro abandonado, empapado por las gotas de humedad y cubierto de tierra, el cabello apelmazado, la ropa enmohecida. Al caer el sol, cuando la quietud dominaba el universo y él podía moverse entre las sombras, abandonaba su astroso lecho para asomarse a la entrada de la cueva y dejar que la luz de la luna bañara su cuerpo. Con la mirada perdida en la negrura, se concentraba en los sonidos de la noche. Oía a las bestias más fuertes moviéndose, acechando y haciendo presa en las más débiles. A pesar de sus esfuerzos por apartar el tormento de su mente, las inquietudes siempre resurgían: ¿qué locura había poseído a Dafne para rechazarlo de modo que prefirió perder su existencia? ¿No era él apetecible, tan admirado por su belleza? Apolo, capaz de ver el destino de los demás, ¿cómo no había logrado advertir el suyo propio?

Intentó volver la atención al bosque, a las montañas, incluso más allá, al firmamento, para olvidar aquellas cuestiones. Muy arriba, en la morada de Zeus, sonaba una melodía cuya dulzura le resultó molesta. Volvió al interior de la cueva disgustado.

Era allí, en los altos salones del soberano celeste, donde la penetrante Atenea probaba por primera vez, en el transcurso de una alegre reunión que había congregado a muchos de los olímpicos, el instrumento de viento que había fabricado a partir de astas de ciervo, queriendo reproducir los hermosos cánticos de Apolo, que la embelesaban. Solo necesitaba insuflar un poco de aire en el interior de la alargada pieza para hacerla sonar y luego abrir los dedos para descubrir los orificios que había practicado a varias alturas, produciendo diferentes sonidos. Cuando cerraba los ojos y se dejaba llevar, las notas que emitía sonaban como un conmovedor lamento, al que, soplando, ella se esforzaba en darle vida, intensidades distintas, cambios de naturaleza que tuvieran cadencia.

Después de una larga canción en la que había volcado toda su ternura, abrió los ojos y sorprendió a la esposa celestial Hera y a la sensual Afrodita observándola desde el otro extremo de la mesa. Se cubrían la boca para ocultar su risa, antes de darle la espalda mirándose entre ellas. Sintiéndose escarnecida, Atenea guardó el instrumento y se apresuró a escabullirse fuera del salón. Se encaminó a las terrazas de la helada montaña desde donde su padre observaba el mundo y, viendo el ancho pecho de la Madre Tierra extenderse abajo, dio un salto impetuoso y voló a toda velocidad atravesando las nubes y los vientos.

Descendió en los frondosos bosques de Frigia, donde siempre hallaba aislamiento cuando lo deseaba. Se sentó en la ribera de un río pensando qué haría con su instrumento. Pensó en lanzarlo bien lejos, sin embargo, ansiaba volver a escuchar su preciosa música. Todavía dolida, se lo llevó a los labios. La hermosa concatenación de notas sibilantes que conseguía emitir sereno su malestar y logró trocar su ira en dicha. Fue entonces cuando, al verse reflejada en el agua, entendió el motivo de la burla que había sufrido. Sus mejillas se inflaban y su rostro enrojecía, desfigurado, cada vez que soplaba. Dejó de tocar y se puso en pie. ¿Acaso no tenía dones suficientes de los que enorgullecerse?, pensó.

—Maldito sea quien toque esta flauta —murmuró entonces, lanzando el instrumento tan lejos como pudo.

Así quedó abandonado sobre un lecho de musgo, alrededor del cual comenzaron a caer las hojas de los árboles. Al soplar el viento, sonaba la melodía interpretada por Atenea, que la flauta aún recordaba. En medio del silencio del frío y las nieves, alguna nota brotaba a veces, frágil y sin fuerzas. Tras el deshielo, que todo lo limpia, volvió a aparecer el instrumento, florecido. Con los nuevos rayos de sol la vida se levantaba alrededor y volvía a cantar animado por la brisa, aunque ya solo era capaz de dar notas sueltas, desorganizadas, que se mezclaban con los ruidos del bosque de modo que parecían propios de la naturaleza. Así pasó toda una era de los hombres, que llegaron a desaparecer, y luego otra, que acabó con la inundación del mundo y una nueva extinción de los mortales. Las aguas cubrieron todos los bosques, valles y llanuras y removieron las tierras, cambiando el instrumento de lugar. Pero cuando se

secaron nueve días más tarde y el cielo se aclaró, la flauta volvió a cantar con la alegría de seguir allí y la lucidez de lo mucho que había conocido.

ѻѻ

Un cortejo alborotado recorrió la floresta entre danzas, escoltando al barrigudo Sileno, el cabecilla de la tribu, que, ebrio por completo, parecía a punto de caerse de la grupa de su mula. Las ménades, ninfas del dios Dioniso, uno de los más jóvenes hijos de Zeus, giraban sobre sí mismas, haciendo volar las pieles de ciervo con que cubrían sus cuerpos. Los sátiros tocaban címbalos, castañuelas y flautas, y saltaban entre las ménades, jugando a acometerlas, y compartiendo el vino en odres que se pasaban de mano en mano. Fue uno de ellos, de nombre Marsias, quien, al pasar junto a un prado, creyó distinguir en medio del bullicio el gorjeo de un ave inaudita, asombrosamente hábil.

Separándose de los demás, alzó sus orejas puntiagudas y siguió los trinos en busca de su procedencia. Descubrió asombrado que venían de una flauta viejísima, abandonada entre la hojarasca. A pesar de estar enmohecida, reconoció que su factura era espléndida, superior a cualquiera que hubiera visto antes. Después de limpiarla, se animó a colocarse la boquilla en los labios e insuflarle un poco de aire. Sucedió entonces que la flauta, sintiendo de nuevo un soplo vigoroso en sus entrañas, despertó de golpe y empezó a cantar las canciones que le había enseñado la diosa Atenea, ejecutadas con idéntica perfección. Sin embargo, como el instrumento estaba tan feliz de volverse a ver en manos de un músico después de tantas penurias, desnudó aquellas viejas canciones de todo senti-

miento que fuera gris y las convirtió en una explosión incontenible de alegría. Marsias creyó que era su propia habilidad, que siempre había tenido en exagerada estima, la que producía aquella música excelsa. Volvió corriendo hasta el cortejo sin parar de tocar y se puso al frente de él. Las ménades se exaltaron de tal modo al oírlo que abandonaron el grupo para irse detrás de él. Los sátiros se lanzaron a seguirlas, pero, al ver que el orondo Sileno se inclinaba hacia un lado sobre la mula, tuvieron que volver para que no se cayera al suelo.

ѻѻ

Apolo cabeceaba echado junto a un arroyuelo, cubierto por la hojarasca que había ido cayendo sobre él durante los muchos días que llevaba allí, pensando una y otra vez en el amor y el deseo, en la bondad, la crueldad, en si existía lo verdadero y era posible conocerlo. Un ciervo llegó correteando del interior bosque y, al descubrirlo, se quedó inmóvil. A este se le unieron en breve otros de su especie. Todos se detuvieron clavando sus ojillos en él, como si llevaran tiempo buscándolo. Tan solo se movieron para ceder el paso a Ártemis, que venía tras ellos.

—Al fin te encuentro —dijo la cazadora.

Apolo se incorporó al oír su voz, pero no respondió nada.

De regreso a la cueva, su hermana encendió un fuego a la entrada para calentarse después del largo trayecto que la había devuelto hasta las regiones del norte. En vano intentó hacerlo hablar. Apolo parecía haber olvidado cómo articular palabras y se movía con una torpeza penosa de ver. Aun así ella no paraba de explicar lo que ocurría más allá de sus montañas con la esperanza de despertar su interés.

—Los hombres, esos seres tan precarios, se multiplican de modo veloz, se afanan en levantar construcciones magníficas que luego otros echan abajo. Se dañan mutuamente y acuden a los dioses para su propio provecho. El soberano celeste los odia y los ama a partes iguales. Los extinguió una vez por completo, porque eran impíadosos y simples, y luego tuvo que aniquilarlos de nuevo con el gran diluvio, porque se volvieron crueles, incapaces de vivir en armonía con sus vecinos. Hay nuevos dioses en los salones de nuestro padre y no todos manifiestan potencias benevolentes. El mundo necesita tu arte, hermano, esa música que llena los corazones de paz y esperanza, que tiende un halo de belleza sobre la fragilidad de la creación.

—El mundo danza alegre sin mí. Oigo su música desde mi lecho —murmuró Apolo de pronto, sorprendiendo a su hermana.

—No todas las músicas son melodiosas, no todas las danzas son necesarias.

Observando el fuego, su hermano pareció pensar en ello durante un instante. Luego refunfuñó para sus adentros, se alzó y se retiró al interior de la cueva.

Al día siguiente, Apolo despertó en el silencio del frío invernal, como siempre. La quietud de cada día pesaba aquella mañana de un modo patente. Al levantarse, se sorprendió deseando encontrar a su hermana, pero Ártemis ya no estaba. En el fuego de la entrada apenas humeaban los últimos rescoldos. Junto a ellos, colocado con cuidado sobre una piel velluda de animal, le aguardaba un regalo de su hermana, fabricado con sus hábiles manos. Era un arco de madera muy curvada con varias cuerdas tendidas de distintas longitudes.

Cuando las pulsó para probar su tensión, emitieron notas claras, pero el conjunto no tenía armonía. Apolo se sentó con el instrumento entre las piernas y enseguida se vio enfrascado en la tarea de afinarlo, ajustando la longitud y la tensión de las cuerdas, de manera que, al rasgarlas en orden, produjera una serie armónica, una escalera de sonidos que hiciera posible entender cómo componer melodías con ella.

Pasó el día probando melodías. Cantando, su ánimo se reconfortaba y sus preocupaciones se desvanecían. A medida que el cielo y la tierra cambiaban de color y le producían sentimientos más intensos, sus canciones se volvían más delicadas, más perfectas, y volvía a su corazón su antiguo anhelo de belleza. Cuando se extendió el manto oscuro de la noche por las montañas, el sueño consiguió cerrarle los ojos con una facilidad que no conocía desde hacía mucho. Durmió con la placidez de otros tiempos.

Lo despertó una música enojosa que viajaba a través de la noche. Su ritmo insistente cabalgaba la brisa como una estampida de caballos salvajes. La había escuchado antes, pero jamás le había molestado tanto como ahora. Intentó ignorarla, sin embargo, su oído, extraordinariamente sensible, era incapaz de aislarse. Dio media vuelta hacia el interior de la cueva, se cubrió con pieles, se hundió en el barro. Pensó que nunca más volvería a conciliar el sueño. Un furor incontenible se encendía en el interior de su pecho.

ooo

Las frondosas laderas del monte Nisa se habían convertido en un festejo sin fin. Las ménades cantaban y bailaban hasta la extenuación. Los sátiros jugaban, comían y bebían, y lue-

go se entregaban a todo desenfreno. Presidiendo la fiesta en lo alto de una roca, el sátiro Marsias hacía sonar la flauta de Atenea con canciones exaltadas, una deformación delirante de las viejas composiciones de la diosa. A cada tonada le seguían clamores y aplausos y Marsias saludaba envanecido y apuraba una jarra de un solo trago, así que la canción siguiente era aún más insensata sin que a nadie le importara, sino al contrario. Dejándose llevar por la embriaguez y las alabanzas, el sátiro se alzó en la roca para hacer un anuncio solemne:

—A continuación, estimado público —dijo, con la lengua pegajosa—, tocaré una pieza inédita, una composición sublime, propia de los dioses inmortales. Como no tenemos ninguno entre nosotros, será mi regalo para vuestros oídos. Si estuviera en este banquete, el mismo Apolo se conmovería al escucharla, porque es tan animada que hasta él, muy cantarín en otros tiempos, abandonaría sus suspiros, incapaz de contener los pies y echarse a bailar con las doncellas que hay aquí.

Los presentes prorrumpieron en carcajadas e innobles guasas ante estas palabras burlescas.

—¡Larga vida a Marsias! —gritaron algunos, alzando hacia él sus jarras de vino—. ¡Ni el mismo Apolo con sus cuerdas compondría tan alegres canciones!

El sátiro estaba tan pagado de sí mismo que no quiso contradecir a su público, sino que extendió un saludo ceremonioso con el cual aceptaba el elogio. Apenas comenzó a tocar otra de sus canciones vertiginosas, todos saludaron el trepidante arranque con saltos y vítores. Sus rostros embriagados dedicaban muecas y sonrisas al flautista, entregado en cuerpo y alma a hacerlos vibrar. Fue por eso que, al cabo de unas cuantas ruedas musicales, no advirtió que esos gestos se iban

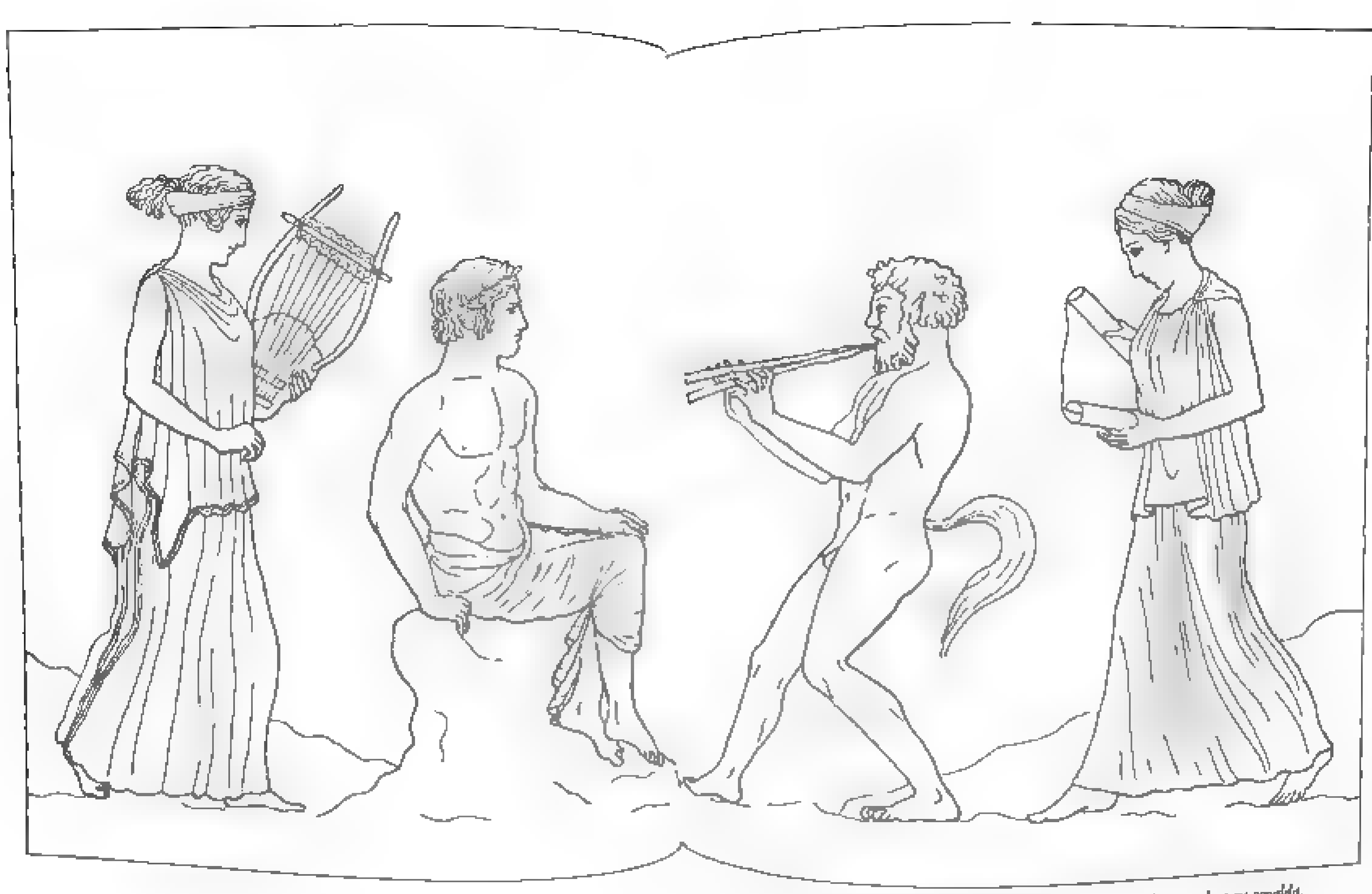
transmutando en expresiones de gravedad, que sátiros y ménades iban frenando el baile, apagaban las sonrisas, detenían su jolgorio. Cuando se dio cuenta de que todos miraban hacia él de ese modo extraño, se apartó la flauta de los labios. Entonces comprendió que el verdadero objeto de las miradas estaba justo detrás de él. Se volvió. Apolo estaba sentado a su espalda.

—Qué excelentes melodías sabe crear tu arte, flautista. Han llegado a mi refugio, allá en las montañas, y no he podido contenerme. Tenía que venir a escucharlas —dijo el dios, con torva faz—. Dicen que eres un gran músico, acaso el mejor del mundo. ¿Crees tú que tal cosa es posible? —Marsias sintió que la garganta se le volvía áspera. Intranquilo, torció la cabeza en un gesto con el que pretendía restarse importancia—. Es fácil comprobar si es cierto. Hagamos un certamen, tocando cada uno su instrumento. El que gane será tenido en verdad por el mejor de los dos. Si eres mejor músico, yo, hijo del soberano celeste, seré para ti una propiedad, tu esclavo. Si el mejor músico fuera yo, tú me pertenecerías. ¿Aceptas el desafío?

Marsias no respondió al instante. ¿Qué podía hacer? No podía negarse al juego de un dios, pero tampoco podía vencerlo. Un terrible abatimiento cayó sobre sus miembros. Por mucho que se esforzara, su destino ya estaba escrito en la voluntad del poder inmortal que, atolondradamente, había hecho enfurecer.

∞

Los chillidos de dolor espantaban a las aves, que echaban a volar desde sus nidos. La hierba se teñía de rojo, la tierra se empapaba de sangre. El cuerpo todavía palpitante de Marsias, colgado



Cuando Marsias se volvió, pudo ver a Apolo sentado a su espalda.

boca abajo de la rama de un árbol, retorcía sus miembros desollados. Apolo lo observaba inexplicablemente abstraído, como si no estuviera allí, delante del sátiro cuya piel había arrancado hasta convertirlo en una inmensa herida, sino en otro lugar muy lejano, acaso en otro mundo. Contemplaba, sin verlos realmente, los músculos y las venas a la vista, las vísceras a punto de desmoronarse en el suelo. Los sollozos sin consuelo de los compañeros de Marsias, ocultos en la maleza, desgarraban el ánimo del bosque, donde tampoco las ninfas de los árboles, de los ríos, de las grutas podían evitar derramar lágrimas acerbas al oír los aullidos del doliente. Tantos lamentos sonaban que era como si la Tierra entera alzara un canto fúnebre

Fue aquella música la que devolvió a Apolo la conciencia. Se miró los brazos y el pecho bañados de sangre y sintió que su ánimo se ensombrecía. Aunque el sátiro fuera merecedor de un castigo, se había dejado arrastrar por la cólera. Sintió aversión hacia sí mismo. Tuvo que dar la espalda al sátiro, pues de repente lo asaltó la necesidad imperiosa de limpiarse su sangre.

El sol persiguió a la luna en el cielo mientras Apolo se lavaba en el mar, frotándose desesperado con corales y luego con piedras del lecho marino. No lograba que sus manos fueran tan radiantes como antes. Siempre veía algún rastro de sangre que se resistía a desaparecer, sin saber si era de Marsias o de las heridas que él mismo se infligía. Así lo encontró Atenea cuando salió a su encuentro, caminando sobre las rocas junto a las que él se bañaba.

—¿Por qué te atormentas? —le preguntó la sabia diosa—. Hay leyes no escritas que nadie debe transgredir, pues

el orden del cosmos depende de ello. Ninguno de los que habitan las moradas celestes hubiera admitido un exceso semejante al del sátiro.

Apolo se miraba las manos ensangrentadas.

—En mi interior se agitan fuerzas incontrolables que me empujan a poner el mundo en movimiento. Había creído que mi poder era luz, una potencia protectora, creadora de belleza. Sin embargo, lo que traen mis manos solo es desdicha, destrucción ¿Es que no es posible un extremo sin el otro?

—No, no es posible No hay poder de otra naturaleza, porque así es la naturaleza del poder —le explicó Atenea.

—Entonces este poder no lo quiero.

—Los tuyos son grandes dones. Tanto los desperdicias si los usas para mal como si dejas que languidezcan sin usarlos. Escucha, los mortales acuden al lugar en el que acabaste con Pitón, porque los vapores que ascienden de la sima les ofrecen visiones que los ayudan a curar sus inquietudes Sin embargo, lo que tiene lugar en esos montes es muy superior a ellos. Algunos, enloquecidos, se lanzan por el precipicio y otros, simples charlatanes, tratan de sacar provecho. Solo tú eres capaz de entender las fuerzas que operan allí. Ve y ofréceles tu poder Tal vez así hallarás tú también respuestas a tus preguntas.

La propuesta agradó mucho al dios. Su ánimo deseaba intensamente entregarse a quien lo necesitara, emplearse en la sanación, regenerar y regenerarse. Alrededor de la sima alzaría una construcción para contener aquellas fuerzas y luego levantaría espacios para recibir a quien llegara en busca de ayuda. Construiría un templo magnífico para dar al mundo

conocimiento y calmar con él sus pulsiones entre los extremos. Salió del agua, recogió sus pertrechos y de inmediato se dirigió hacia allí.

∞

La comitiva partió al alba de la ciudad de Orcómeno, después de que la reina la despidiera discretamente. Una columna de apenas algunos carros, escoltada por hombres a pie y unos pocos a caballo. Orgullosa, brava, Corónide, la hija del rey, había abandonado con mucha satisfacción los largos y sedosos peplos que vestía en el palacio para volver a ceñirse la túnica corta, los pantalones de piel y el peto de cuero endurecido. Así ataviada, como un soldado de extrema belleza, con el cabello recogido en una gran trenza de raíz, abría el séquito a lomos de su caballo, y, tan pronto como salió de la ciudad, puso la montura al galope, feliz de alejarse del hogar, obligando a la guardia a seguirla para no perderla.

La columna avanzó hasta que el sol del mediodía se mostró inclemente, cuando el comandante de la guardia ordenó parar para comer a la sombra de un bosquecillo. El ama y las doncellas de la princesa bajaron de los carros para cuidarse de ella, pero Corónide se deshizo de sus atenciones. Atendió a su montura y fue a comer con los soldados bajo el improvisado toldo. Como después las doncellas volvieron a buscarla para hacerla participar en sus juegos, que ella consideraba insulsos, les dijo que le apetecía pasear y se internó en el bosque.

Permitió que la brisa le acariciara el rostro y disfrutó de los agradables aromas que le ofrecía. Un fresco olor la llevó hasta una arboleda muy tranquila, donde pensó en echarse un rato, sin embargo, se detuvo al distinguir que había alguien más adelante, entre los laureles. Tomándolo como un juego, intentó aproximarse sigilosa para espiar quién era y qué hacía. Descubrió a un joven de complexión formidable, que recogía ramitas de laurel con toda inocencia. Parecía distraído y entonaba una melodía bellísima, resonante de afecto y dulzura.

Habiendo hallado lo que buscaba, el dios Apolo, que estaba inmerso en sus pensamientos y no atendía a los ruidos de la floresta, anduvo de regreso a la sombra del laurel más viejo del lugar, donde lo aguardaban sus pertenencias. Allí empleó las hojas que había recogido para guarnecer el instrumento que le había regalado su hermana y luego se sentó a tocar con la espalda apoyada en el árbol.

Ocultándose detrás de troncos y arbustos, Corónide lo había estado siguiendo y ahora lo escuchaba. Acompañado con la música de cuerda, el canto le erizaba el vello de la piel y la sumía en sentimientos que solo había conocido en sus sueños más hermosos. Las facciones perfectas del cantante, arrebatadas por las pasiones que celebraban, despertaron una turbación en ella que la dejó sin aliento. Aquel joven sublime la atraía con la fuerza de un océano y anhelaba salir para conocerlo, aunque se daba cuenta de que sería una gran imprudencia. Sin embargo, resultó que, a mitad de la canción, el cantante se detuvo y miró hacia su escondite. De algún modo la había descubierto. Avergonzada, se quedó inmóvil y el joven pareció distraerse de nuevo. Ella comenzó a retirarse poco a poco, en silencio, hasta que hubo puesto suficiente distancia para incorporarse y alcanzar la comitiva. Entonces, al volverse, se encontró con el fuerte pecho del dios, que estaba a su espalda.



Corónide comprendió que aquel ser magnífico no podía ser más que un eterno.



—¿Qué quieres? —le preguntó Apolo.

Corónide se quedó sin habla. Al verse tan cerca de aquel cuerpo magnífico, asombrosamente moldeado, sin mácula, que no despedía el olor de los hombres, comprendió que aquel ser no podía ser más que un eterno. Apolo sonrió al ver la impresión que le había causado y se apartó de su camino al punto.

—Discúlpame —le dijo dócilmente—, no quería asustarte.

La dejó allí y se encaminó de nuevo a su árbol por sus propios pies, sin trucos. Allí se sentó una vez más, recuperando el instrumento y, volviendo a empezar su canción, olvidó enseguida aquel encuentro.

—No tengo miedo —dijo Corónide, colocándose a su lado—. Lo que deseo es escuchar tu canción, porque nunca había oído una música tan hermosa. ¿Cantarías para mí?

Apolo observó a aquella muchacha que no temía expresar lo que quería. Complacido, la invitó a tomar asiento. Cerró después los ojos y, sintiendo el latido de la Madre Tierra subiendo por su espalda a través del fragor de la savia, cantó con toda su delicadeza para poner en los oídos de ella una porción de la belleza del universo. A su lado, Corónide notaba su aliento divino, escuchaba su voz deliciosa, y perdía la realidad de vista, imaginando que volaba de su mano por los espacios celestes. Así estuvieron hasta que se oyó gritar el nombre de ella a través del bosque. Debía de habérsele hecho tarde. La guardia lo buscaba, con el comandante a la cabeza. La hallaron dormida bajo el árbol. Cuando la despertaron, ella buscó alrededor, sorprendida de encontrarlos a ellos. Notando que tenía algo en el cabello, se llevó la mano a la cabeza y encontró una corona preciosa, hecha con ramas de laurel.

4

Las llamas de la venganza

Docenas de fuertes hombres trabajaban sin descanso en la construcción de la muralla. Desde el paso de ronda, el rey Flegias contemplaba con satisfacción la que pronto sería la nueva ciudad que llevaría su nombre, tal vez algún día tan espléndida como la misma Orcómeno. Al oír la alerta de un centinela advirtiendo la aproximación de una comitiva, se volvió para ver que su hija llegaba, muy avanzada, cabalgando sobre su hermoso corcel. Se alegró de verla, tan osada como siempre, aunque tendría que hacerla esperar antes de recibirla. Los emisarios le aguardaban ya en el palacio.

El enorme edificio estaba por acabar. Arquitectos y artesanos desfilaban como hormigas por todos los rincones, donde se alzaban grandes bloques de piedra, columnas recién talladas, sacos de tierra. En una sala interior, la más tranquila de la casa, los legados de localidades vecinas con los que el

cuando vean el coraje que corre por la sangre de tu hija. Tus soldados proclamarán orgullosos que sus mujeres son tan bravas como cualquier guerrero.

Los delegados rieron y asintieron, porque aquel razonamiento no les parecía desacertado. El rey mantenía el ceño fruncido, pero pensaba en ello. Isquis había conseguido reducir la intensidad del momento. Finalmente, Flegias tomó asiento e indicó a los demás que también podían hacerlo. Corónide se unió a ellos sin más alboroto y durante el resto de la reunión permaneció en un discreto silencio. De tanto en cuanto lanzaba una mirada al valiente muchacho que había desafiado a su padre para defenderla. Era fuerte y bien parecido, pero sobre todo de pensamiento ágil. Por un instante, sus ojos se cruzaron, y ella inclinó levemente la cabeza en señal de gratitud. Luego volvió a atender a los parlamentos alzando su barbilla, orgullosa.

❦

Al día siguiente, a media mañana, Corónide salió a visitar la ciudad en construcción con sus sirvientas y en una de las plazas se encontró con aquel joven príncipe, el embajador de Larisa. Isquis pidió permiso para acompañarla en su paseo y ella despidió a su cortejo, que, a regañadientes, la dejó con él.

—Me asfixian —confesó la muchacha tan pronto como se quedaron a solas—. Me siguen a todas partes con sus canciones y sus juegos.

—Son chiquillas alegres. ¿A quién se le puede reprochar la capacidad de ser feliz?

Corónide no respondió, porque nunca había pensado en sus sirvientas de aquella manera. Descubrió con sorpresa que

le agradaba escuchar las razones de Isquis, porque siempre eran certeras. Así caminaron por la ciudad naciente sorteando todo tipo de obras, edificios, estructuras a medio hacer. El rey Flegias era belicoso, a menudo cruel con sus enemigos, pero tenía la convicción de que solo las grandes construcciones expresaban la nobleza de los hombres.

Mientras sorteaban andamios y grúas de madera, Isquis tuvo la impresión de sentirse observado, como si alguien los siguiera. Sin embargo, mirando alrededor veía únicamente trabajadores atareados en su tarea, comerciantes en sus puestos callejeros atendiendo a los habitantes más tempranos de la nueva villa. Coronide paseaba a su lado, relajada, mientras él bullía por dentro: se sentía atraído hacia su proceder resuelto, el estallido de su sonrisa, sus cabellos bellamente recogidos en una trenza consistente. Aquella enérgica muchacha le había tocado muy adentro. Tal vez por eso estaba tan inquieto y le parecía que cualquier mirada era una amenaza.

Llegaron a los pies de una torre inacabada, cuyo andamiaje estaba desierto. Dejándose arrastrar por su ímpetu, la joven se lanzó a escalarla para otear los alrededores desde lo alto. Isquis la previno, pues la estructura parecía inestable. Pero ella se encontraba ya a medio camino. Temeroso de que sufriera un accidente, fue tras ella.

Coronide alcanzó la cima ágilmente, aunque doliéndose en las manos del esfuerzo. La vista desde la altura era un maravilloso espectáculo. La ciudad, más grande de lo que había pensado, era un hervidero de actividad y, al ver su conjunto en movimiento, la joven no pudo evitar sobrecogerse ante aquello que los mortales, a pesar de su inconstancia y su fragilidad, eran capaces de llevar a cabo. Estaba pensando en

ello cuando advirtió que, sobre la misma piedra en la que se había apoyado para mirar, se encontraba, como si la hubiera estado esperando, un ramillete de hojas de laurel con sus tallos graciosamente trenzados a imitación de su propio peinado. Su pecho se ensanchó al punto, como si todo el aire y el sol del mundo entraran en él de una sola vez. Cogió el ramillete y buscó alrededor, pero el dios no estaba allí. Oyó los resoplidos de Isquis, que estaba a punto de alcanzarla. No llegaron a cruzar palabra. En cuanto el joven llegó a la cima de la torre, ella comenzó el descenso.

ooo

No dejaba de pensar en él ni un segundo. Su voluntad estaba totalmente absorbida por el deseo de volver a verlo, de hablarle. ¿Tendría esa fortuna? Corónide pasó todo el día refugiada en sus ensoñaciones, volviéndose cada vez que alguien entraba en la habitación para ver si era él. Luego, cuando la llamaron para la cena, no quiso ir. No tenía hambre. Ordenó a sus sirvientas que le prepararan un baño, ahora que los trabajadores se habían retirado de la casa, y las despidió para quedarse de nuevo a solas. Dejando por fin libres sus hermosos cabellos, se sumergió en el agua caliente, se estiró y cerró los ojos. De ese modo regresó al confortable mundo de la imaginación, donde lo estrechaba en sus brazos, donde lo besaba, donde Apolo era su dios amante y le cantaba al oído aquella espléndida melodía en la que resonaba el mundo.

Abrió los ojos. El rumor de la tonada llegaba por los ventanales de la estancia. Era real. La excitación le latigó en las sienes. Salió del agua a toda prisa y se echó por encima una

túnica sin preocuparse por secar su cuerpo. Siguiendo la música, salió a los jardines, una maraña de árboles y arbustos todavía sin despejar, y se internó en la espesura. Las ramas se curvaban formando un túnel cada vez más angosto que la obligaba a agacharse. La luz de la luna no llegaba allá adentro, donde reinaba la oscuridad. Sin embargo, sentía el aroma intenso de los laureles llegando hasta ella desde algún lugar más allá del boscaje. Vio luz al final y se apresuró hacia allí.

Salió a una laguna de aguas calmas, muy lejos de la ciudad. La música parecía descender sobre ella desde la luna misma y acariciar su rostro y su melena. Dejó que la túnica se deslizara hasta sus tobillos y se tumbó junto a la orilla para bañarse en aquella luz plateada, en la que creía ver el brillo del arco de su amado. Así, mientras recibía con placer en toda su piel la tenue y pura refulgencia de la luna, vislumbró que, en el interior del astro, se dibujaba la silueta majestuosa de un cisne que volaba hacia ella. El ave aterrizó con elegancia sobre el agua sin crear ondas, como una simple pluma. Al ver que surcaba las aguas graciosamente en su busca, Corónide sintió que su respiración se agitaba. El cisne llegó a su lado, y desde las mismas aguas, se alzó, estirando su largo cuello y, desplegando sus alas, la rodeó con ellas. La muchacha no notó el tacto de las plumas sino la tersura de la piel y la calidez de una carne palpitante, poderosa. Cuando Apolo la besó en los labios, un fuego estalló en su interior y sintió que todo su cuerpo ardía y se fundía con las estrellas del cielo.

Se despertó con el canto de los pájaros, al amanecer. Nada más abrir los ojos, se incorporó angustiada por la idea de que el dios hubiera vuelto a desaparecer. Pero seguía a su lado, observándola con ternura de verdadero enamorado.

Apolo le cubrió el cuerpo de besos y luego deslizó la túnica sobre su piel para que no tuviera frío. Cuando se alzó, ella fue detrás, olvidando la túnica en el suelo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó ella.

—Volveremos a vernos, valiente guerrera.

Con esa promesa desapareció Apolo en el bosque. También él sentía crecer la luz en su interior y se daba cuenta de que junto a aquella laguna se había desprendido de los muchos males que lo habían desgarrado desde hacía tanto tiempo.

∞

Isquis de Larisa aguardaba a la entrada de las dependencias reales a la espera de un encuentro. Había solicitado audiencia con la hija del rey en distintas ocasiones, sin éxito. ¿Por qué motivo se negaría ella a verlo? Habían conversado amablemente días atrás y a él le pareció que su compañía le era grata. Sin embargo, hacía ya más de una semana que ella no abandonaba el palacio ni consentía en ver a nadie. Los sirvientes no sabían explicarle las razones de su reclusión y sus sirvientas se ocupaban en otras tareas, porque ella no deseaba tenerlas cerca. El ama de Corónide, la anciana mujer que la había criado, salió a comunicarle que también aquel día estaba indispuesta. Isquis la sujetó del brazo antes de que volviera adentro.

—¿Qué mal la aflige? —la interrogó, intranquilo.

—No sé decirlo —respondió el ama—. Algo ha cambiado en ella. Ya no parece la muchacha aventurera que conocimos.

El joven quedó consternado al saber de aquel cambio súbito de comportamiento.

—Si hubiera algo que yo pudiera hacer, lo haría sin dudar un instante, tenlo por seguro —dijo mirándola intensamente.

El ama suspiró. Acercándose al oído del joven, le susurró una información velada, para que él la usase como pudiera.

—Su único anhelo es salir cada noche a tomar baños de luna. Escapa por el jardín, los dioses sabrán adónde.

Instigada por aquella revelación la esperanza de volver a verla, Isquis buscó la puerta y montó guardia. Al final de la tarde, la luna asomó en el cielo, aunque su hermano todavía no se había acostado, y los dos compartieron las alturas moradas. Confiaba en detener a Corónide y ofrecerle su amor. Sin embargo, cuando la vio salir, oculta bajo un manto oscuro con capucha, no tuvo ánimo para hacerlo, pues vio que ella caminaba con decisión, segura de adónde iba. La siguió.

Corónide salió de la ciudad por las puertas del sur, las últimas que se cerraban, y pronto se alejó del camino para internarse en un bosquecillo de laureles. Allí esperó a la oscuridad y, cuando la luna ya brillaba solitaria y poderosa, se desnudó y se tendió en la hierba. Así permaneció toda la noche, escudriñando el cielo como si aguardara algún suceso celeste hasta que, al amanecer, regresó al palacio abatida.

Noche tras noche, Isquis se acostumbró a salir detrás de su amada y a admirar escondido su magnética belleza. No era el único que lo hacía, según observó: un cuervo la acompañaba de continuo posándose de rama en rama y luego la espiaba también en el bosque de laureles, igual a un fiel vigilante.

∞

Tronaron tambores y trompetas al alba para despedir a la comitiva real. Los aliados de Flegias habían enviado a sus guerreros más señalados a reconocer las defensas de las ciudades más opulentas del Peloponeso y a preparar la campaña

de invasión del año siguiente. La columna de carros y caballos salió por la puerta del este y se alejó con pesadez, dejando atrás una polvareda. Finalmente, la hija del rey, por propia voluntad, no había partido con ella.

Sintiéndose libre para entrar y salir gracias a la ausencia de su padre, Corónide no esperó a la noche para volver a la colina de los laureles, sino que acudió a pleno día, errando penosamente entre los árboles. A pesar de la promesa de Apolo, no había vuelto a verlo. Pero ¿qué otro desenlace podía haber tenido su aventura? Al fin caía la venda de sus ojos: la belleza de su divino amado era imperecedera, mientras que ella, una simple mortal, perdería su lozanía con el tiempo, se degradaría, se acabaría extinguiendo. Cayó sobre sus rodillas y se cubrió el rostro con las manos. Se sentía avergonzada por haber sido tan ingenua.

Fue en ese momento, al verla caer, cuando Isquis salió del lugar desde donde la espiaba para arrodillarse junto a ella.

—¿Qué haces aquí? La expedición ya ha partido —le dijo la muchacha, intentando recomponer su gesto desencajado.

—No me interesa esa aventura. Ya hay suficientes hombres de Larisa en ella. Esta mañana he solicitado el permiso de tu padre para escoltarte adonde quieras. Te llevaré de vuelta a Orcómeno, si así lo deseas, o allá donde necesites, solo deseo mirarte y volver a ver a aquella valiente guerrera.

Al oír que la llamaba de ese modo, Corónide se derrumbó. Isquis vio que unas lágrimas ásperas y gruesas le caían por las mejillas y le arrasaban la cara por completo. La acogió en sus brazos y ella se hundió en ellos, dejando escapar al fin su desconsuelo. Él le acarició el cabello y, sin poderlo evitar, la besó en la frente con toda su ternura. Ella alzó el rostro

para mirarlo a los ojos. Isquis sintió el calor de su aliento, la humedad de sus labios. Entonces se atrevió a besarla. Ella le rodeó el cuello con los brazos. Había encontrado su refugio.

Con los ojos cerrados, Apolo disfrutaba del silencio en el oscuro interior del templo que había edificado sobre el sitial profético del Parnaso, en cuyas cercanías los hombres habían levantado una ciudad a la que llamaban Delfos. Sus sacerdotes atendían a los peregrinos en dependencias exteriores, mientras él se mantenía oculto en las entrañas de la tierra, reflexionando sobre lo que era, había sido y sería. Cargaba sin temor con su don y se sentía satisfecho de servir con él a quien lo necesitara. Un aleteo lo distrajo de sus pensamientos, aunque no por ello el dios se dejó molestar. Permaneció en su sitio, manteniendo la calma. El cuervo que había destacado para cuidar de Corónide se posó en su hombro y le susurró al oído lo que había visto. Al escuchar su relato, Apolo abrió los ojos. Corónide había perdido la paciencia y tenía amores con un mortal. El dios atrapó al ave en su mano. Había cumplido con el encargo, pero era un pájaro de espíritu traicionero, se divertía con el enredo.

—Maldito seas con todos los de tu especie —dijo entre dientes el dios, mientras una bola de humo negro salía de la mano donde tenía atrapado al cuervo y lo lanzó a un lado. El ave, que, hasta aquel día había sido blanca, había quedado requemada y sus plumas teñidas del negro color de la noche, y así, por la maldición de Apolo, serían para siempre los cuervos.

∞

El mensajero montó en su caballo, temeroso de la reacción que tendría el rey a su regreso. Élato de Larisa le había en-

cargado entregar su mensaje en mano a su hijo, pero al llegar a la casa que Isquis tenía lejos de la ciudad, sus sirvientes habían insistido en recoger el mensaje, aduciendo que eran las órdenes del amo. La mansión fortificada era la antigua morada de la familia, y estaba al norte de Larisa, en la orilla sur del Peneo.

Durante varios días los amantes se habían entregado a una vida sencilla y feliz, olvidados del alboroto del mundo. Al atardecer, se sentaban bajo un árbol, a cuya sombra Corónide borraba con los besos y las caricias de Isquis el recuerdo de la escena que había vivido con un dios en un lugar parecido. Comenzaba a apretar el calor e Isquis siempre intentaba arrastrarla al agua, aunque ella prefería observarlo, estirada.

Aquella tarde, el joven se refrescó, intentó salpicarla para obligarla a bañarse, y luego nadó otro poco. Nunca se alejaba demasiado, no podía apartar los ojos de su amada. Sintiendo la necesidad de volver a paladear la dulzura de sus labios, salió del agua y se dirigió hacia ella. Ya la alcanzaba y adelantaba los brazos para rodearle el cuello cuando un silbido cortó el aire y transformó su sonrisa en una mueca. Una flecha de plata se había clavado en su pecho. Isquis cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo. Corónide se arrastró hacia él y tomó su cabeza en su regazo. Allí exhaló su amante su último suspiro. Ella se quedó inmóvil, con la boca abierta, entendiendo lo que pasaba pero negándose a verlo. Un grito desquiciado desgarró su garganta. Perdido el aliento, con el rostro desencajado, se agachó hacia él para darle el último beso. No llegó a hacerlo. Oyó el silbido de la segunda flecha cuando ya la tenía encima. Una sacudida brutal la echó adelante, un mordisco feroz en la espalda, un

dolor insufrible, asfixia. El divino arquero contemplaba la escena impasible, llevaba la noche en su rostro.

Apolo se abrió paso entre la maleza y llegó hasta ellos. Tenía sangre en su mirada, una mirada tan espantosa que las bestias del bosque huían a su paso y las aves alzaban el vuelo, aterradas. Quiso separar a los amantes y tomó a Corónide en sus brazos. Al ver su bello rostro, recordó el calor de sus caricias, su ternura, pero los ojos sin vida, la piel cada vez más fría, los miembros desarticulados le devolvieron la realidad: le había arrebatado la vida a aquella muchacha valerosa, resuelta, tenaz. Dejó escapar un suspiro. Entonces percibió algo inesperado: sentía vida en el interior de aquel cuerpo. ¿Cómo era posible? Puso sus manos sobre el vientre inerte y notó unos latidos acelerados, los de un corazón pequeño que se resistía a apagarse, que luchaba con una energía superior a lo humano, el corazón de una criatura mucho más poderosa que un mortal. Las entrañas de Corónide albergaban al hijo de un dios. Apolo sintió que su pecho se abría y vomitaba sobre la tierra todo su contenido. ¿Cómo había actuado de modo tan impetuoso? ¿Él mismo era el monstruo que había perpetrado aquel crimen? En sus brazos sostenía el cadáver de la madre de su hijo. Se odió con una intensidad atroz y le apeteció arrancar de sí toda existencia. Por primera vez desde que emergiera al mundo, las lágrimas brotaron de sus ojos.

⁂

En el interior de su tienda, el rey Flegias tomaba junto a sus capitanes las disposiciones necesarias para enviar exploradores al día siguiente desde aquel campamento, pues habían encontrado un lugar discreto y fácil de defender en aquel



El divino arquero contemplaba la escena impasible, llevaba la noche en su rostro.

bosquecillo de Epidauro. La algarabía que acababa de desatarse en el exterior le hizo salir a ver qué estaba sucediendo. Sus hombres corrían hacia su tienda, anticipando el paso de un dios alto y corpulento. Apolo caminaba hacia él con gesto extraviado. Transportaba entre sus brazos el cadáver de su hija Corónide, con una flecha plateada atravesada en el pecho. El dios tendió el cuerpo a los pies de su padre. Apolo notaba su ira y veía el espanto en los ojos de los soldados. Dio la vuelta para alejarse por donde había venido, cuando oyó la voz bronca del rey a su espalda:

—Cuídate de mí, inmortal, porque aunque no pueda dañarte, puedo reducir tu templo a escombros y pasar a cuchillo a tus sacerdotes. Es lo último que haré antes de que los tuyos me envíen a la morada de Hades.

Apolo se detuvo y volvió la cara a un lado para hacerse oír:

—Haz lo que debas. Pero si haces pagar a quien no lo merece, habrás sido tan indigno, tan estúpido como yo.

Tal diciendo, continuó su camino y desapareció en la noche.

No hubo tiempo para oficiar los adecuados funerales ni devolver el cuerpo de Corónide al lugar que la había visto nacer. Prepararon la pira funeraria para el día siguiente, pero Flegias se resistía a entregar a su hija a las llamas, incapaz de salir de su tienda, donde yacía. Al anochecer, sus consejeros lograron convencerlo. Debían quemar el cuerpo, porque no habían podido prepararlo para que aguantara un largo duelo.

La pira se había alzado en el centro del campamento, con todos los honores dignos de la realeza, a pesar de encontrarse en campaña. Los soldados se reunieron alrededor firmes y conmovidos, mientras cuatro notables de Orcómeno, con

el rey entre ellos, portaban el cuerpo envuelto en un sudario. Una vez situado en lo alto, Flegias le puso una moneda sobre los labios.

Apolo observaba desde una colina cercana, con el ánimo arrasado por la desesperación. Le parecía que sus percepciones del pasado, el presente y el futuro solo veían destrucción, y confundía ya la causa con el efecto, pensando que la mano destructora era la suya. Era un espectador de los hilos del destino, que solo las moiras podían manipular. Pero no todo estaba cerrado. Lo que no había sucedido ¿podía suceder? Si los hilos eran posibilidades, ¿podía modificarse el futuro? Estas dudas lo acongojaban, porque se había convencido de que en su respuesta se encontraba su única posibilidad de salvación.

Finalizados los honores, Flegias encendió el fuego de la pira. Las llamas envolvieron pronto la madera y en pocos instantes se alzaban ya hasta el cadáver de Corónide. El resplandor bañaba en los ojos de los presentes. El sudario se ennegrecía, el fuego estaba a punto de prender la carne, que, resecada, humeaba ya. Una ráfaga de viento agitó el incendio cuando Apolo cayó del cielo frente a la pira. Ante la sorpresa de todos, atravesó las llamas sin quemarse y subió junto al cadáver. Arrancó los últimos jirones del sudario sobre el vientre de Corónide y, esgrimiendo la daga de su madre, abrió la carne con cuidado. A través del corte extrajo una bolsa amniótica, todavía rezumante de sangre espesa. El corazón del bebé seguía latiendo con la misma fuerza. Ante esta visión, Flegias sintió que le flaqueaban las rodillas y cayó sobre ellas. Dentro de la bolsa, su nieto se removía, ansioso por vivir.

5

Condena y expiación

El centauro Quirón remontó el terreno hasta la cresta, desde la que se veían las cimas circundantes, y, en el centro de todas ellas, una breve planicie alfombrada de verde y espesas arboledas por encima de las cuales asomaban los edificios. Apolo lo aguardaba en lo alto y, cuando llegó hasta él, descendieron juntos mientras escudriñaban los edificios a distancia.

Eran construcciones modestas, con paredes de piedras irregulares, dispuestas en desorden, pero muy bellas en su amontonamiento, recubiertas de enredaderas. Distinguieron unos baños, un gimnasio, espacios abiertos para los ejercicios atléticos, posadas para visitantes, alojamientos separados para enfermos leves, el templo consagrado a Apolo... En el centro se alzaba un edificio más elevado, con altas columnas, regalo de reyes agradecidos por los muchos servicios de Asclepio.

Se acercaron un poco más al amparo de las sombras. El trasiego de enfermos, familiares y médicos era cada vez menor

en aquella hora tardía, pero aún se veían transitar por las calles de la ciudad a hombres, mujeres y niños de todo tipo y condición, ricos y pobres, sanos y maltrechos, caminando por su propio pie o apoyándose en bastones. Frágiles hebras de humo se elevaban en las chimeneas. Una mujer muy animosa se apresuraba hacia el edificio central dando órdenes a unos chiquillos. Apolo se detuvo al verlos, poniendo una mano emocionada en el hombro del centauro. Eran la esposa y los hijos de Asclepio. La familia de su hijo. Quirón sonrió con cariño al dios.

—Le transmití todo lo que sabía sobre sanación para que fuera un poder regenerador, como me pediste, pero hace mucho que tu hijo me superó. Yo he estudiado por curiosidad las hierbas, los emplastos, las pociones, pero él es un médico y su arte transforma el mundo. Cura a los hombres con buenos alimentos, hábitos sanos, baños renovadores, costumbres mejores. Cuando es necesario abrirlos, trabaja dentro de ellos y luego los cierra. Aunque no siempre tenga éxito, salva a cuantos puede. Muchos vienen de lejos para aprender de él y poner en práctica lo que aquí se sabe en otros lugares.

Epíone, la esposa de Asclepio, entró en la casa de sanación. Allí se encontraban los internos necesitados de mayores cuidados y Asclepio tenía las estancias donde realizaba intervenciones y preparaciones curativas. Transmutándose en un anciano, Apolo siguió a la mujer. El dormitorio era una sala diáfana de techo alto, soportado por pilastras. Los enfermos reposaban en camastros. Entre ellos caminaba Asclepio, con su barba negra y ensortijada, como un joven Zeus, escuchando respiraciones, carraspeos, gemidos y dolores. Sus hijos mayores y otros discípulos lo seguían tratando de aprender de sus prescripciones.

Epíone, la primera aprendiz y ahora excelente maestra, hacía otro tanto en el otro extremo con las mujeres y los niños que necesitaban cuidados más delicados.

Liberados por su madre, los hijos más pequeños de Asclepio correteaban por el exterior y pasaron al lado del anciano del bastón cuando salía. Apolo los vio reír mientras corrían y sintió una felicidad pura, luminosa, una sensación que nunca hasta entonces había conocido.

Al caer el sol, los altares sahumaban el templo y en las salas de cuarentena y purificación, mientras enfermos y familiares se recogían a lugares íntimos para pedir a los dioses, Asclepio pedía también con los brazos hacia lo alto para que las tinieblas no se llevaran a ninguno de sus enfermos. El murmullo de sus voces acariciaba los oídos de Apolo.

Aquella noche todos durmieron en calma, con sus dolencias en suspenso, reconfortados por una apacible melodía, difícil de distinguir, pero presente, que entraba por las ventanas traída por la brisa que venía del bosque. El dios cantaba sentado sobre un peñasco, tañendo con suavidad las cuerdas de su instrumento, una canción frágil pero dichosa que expresaba el gozo inmenso que albergaba en su corazón. El instrumento ya era viejo y su factura, aunque hábil, tenía defectos que el tiempo había empeorado. Las cuerdas se desafinaban al tocarlas y Apolo tenía que ir cambiando el tono para acabar la canción sin detenerse. Sin embargo, aquella noche la canción bajaba y bajaba, volviéndose cada vez más grave, y, a pesar de la amplia tesitura de su voz, Apolo tenía problemas para continuar. Se disponía ya a detenerse, molesto, cuando advirtió que una voz aguda que venía de las profundidades del bosque retomaba el canto. Dejando de cantar para escucharla, siguió tocando.

A medida que su instrumento iba bajando, nuevas voces se incorporaban a la primera para completar la armonía hasta formar un coro blanco que era capaz de seguir las inconsistencias de sus cuerdas sin alterar la melodía.

El dios se alzó y, sin dejar de tocar, siguió el sonido de aquel coro divino. Remontando la pendiente, halló un amontonamiento de rocas monumentales alzadas en forma de círculo por hombres de otra era. Entre ellas danzaban al ritmo de su música sus nueve bellas hermanastras, hijas de Zeus y Mnemosine. Las musas eran perfectas intérpretes de los sentimientos, que sabían expresar con su voz, su cuerpo y las múltiples creaciones de su mente, pero para ello precisaban del conocimiento de todas las cosas que en el mundo habían sido, las cuales recordaban gracias al poder que habían heredado de su madre, la titánide de la memoria. Calíope, Clío, Polimnia, Euterpe, Terpsícore, Erato, Melpómene, Talía, Urania. El dios se unió al divino coro y su música se esparció por el ancho pecho de la Madre Tierra para recordar su fortuna a todas las criaturas que se afanaban sobre él.

∞

Tras visitar a los enfermos más delicados de la mano de la aurora, Asclepio salía en busca de hierbas medicinales. Solía hacerse acompañar por sus hijos, a quienes iba aleccionando sobre lo que hallaban a su paso. Una mañana recogía cuidadosamente las hojas de la frambuesa roja, desechando su fruto, que su prole iba comiendo a su espalda con diversión. El bosque se agitó ante ellos y pronto apareció entre los árboles un ciervo de cuernos dorados. El animal se adelantó y miró al médico a los ojos con la voluntad clara de una mente racional. Asclepio oyó en su interior la voz de Ártemis, la divina cazadora.



Al alba, tras visitar a los enfermos, Asclepio salía en busca de hierbas medicinales.

—Ilustre maestro de la sanación de los mortales, necesito de tus artes —murmuró la voz angustiada.

Hipólito, hijo del gran héroe ateniense Teseo, siempre la había venerado, explicó, pues, igual que ella, era un hombre ajeno a las pasiones mundanas, entusiasta de la caza y la vida en la naturaleza. Un desencuentro de la diosa con la voluble Afrodita había llevado a aquel mortal inocente a la desgracia. Ahora se debatía de forma injusta entre la vida y la muerte. Oyendo la descripción de las heridas, Asclepio recogió algunos pertrechos en su casa y después subió a la grupa del ciervo. Volaron a toda prisa en dirección sureste hasta llegar a la cercana Trecén. Allí, cerca del mar, ella tenía un santuario al que habían trasladado al malherido.

Se hallaba sobre el altar de la sala central, a los pies de la gigantesca estatua de la diosa. Los trípodes elevaban a su alrededor humos aromáticos. En cuanto Asclepio entró, pidió a los sacerdotes que los apagaran porque enrarecían el aire que el herido tenía que respirar. Reconoció el cuerpo, que estaba inmóvil, helado, con la respiración casi imperceptible. Enseguida supo que no podría salvarlo. Sus propios caballos le habían pasado por encima en un accidente, que en realidad había sido provocado, y sus órganos vitales estaban destrozados en su interior. Hipólito expiró poco después, ante los rostros pálidos y tristes de los sacerdotes. Uno de ellos señaló a lo alto: la estatua de la diosa lloraba. Asclepio cerró los ojos del fallecido con una caricia y luego se dispuso a salir del templo para regresar a Epidauro.

—Espera —resonó la voz de la diosa en su mente. Asclepio se volvió hacia la estatua—. Tengo el conocimiento de que tus dones son mucho más grandes de lo que aparentan.

—El médico tragó con dificultad, pues sabía a la perfección a qué se estaba refiriendo la diosa—. Tendrás mi eterna gratitud y mi ayuda divina siempre que la necesites si consigues devolverme al casto Hipólito.

Asclepio se estremeció ante aquella petición. Turbado, se alejó hacia un lado, frotándose las manos. Años atrás, Atenea le había otorgado el más prodigioso presente para un sanador: dos recipientes separados que contenían sangre de la gorgona Medusa. Adecuadamente preparados y administrados, uno de ellos arrebataba la vida y el otro la devolvía. El primero no lo había abierto jamás, pero el segundo ya lo había utilizado anteriormente. Ahora bien, al hacerlo había descubierto, como era de imaginar, que su uso no venía sin el precio de enojar a notables dioses, pues con él se apropiaba de competencias que no le eran debidas.

—Hijo de mi hermano, sangre de mi sangre —murmuró Ártemis—, te pido que hagas todo lo que esté en tu poder para salvar a este buen hombre.

Asclepio suspiró profundamente, sin osar devolverle la mirada a la estatua. Se había prometido no arriesgarse de nuevo a realizar aquellas prácticas. ¿Quién sabía por qué se las habían permitido? Quizás gracias a la protección de su padre. Pero lo cierto era que, entre los adminículos que había cogido al salir, se encontraba la sangre de Medusa. ¿Acaso la había traído para no utilizarla? Finalmente, se volvió hacia la estatua. El mármol parecía reclamarle.

Siguiendo las vigorosas órdenes del médico, los sacerdotes trasladaron el cadáver al interior de una gruta que se abría en el corazón de la montaña. Allí llevaron también leña, trípodes, grandes ollas y todo tipo de instrumentos de cocina

mientras él buscaba en el bosque ingredientes desusados. Al atardecer, Asclepio entró solo a la cueva y el silencio se hizo a su espalda. Las horas desfilaron despidiendo al sol, mientras salían del interior gorgoteos, crepitaciones, vertidos, y luego, durante toda la noche, olores repugnantes que provocaban náuseas a los sacerdotes que esperaban a la entrada.

Los primeros rayos del sol iluminaban el fondo del barranco cuando el médico salió empalidecido, tambaleante, limpiándose las manos con un pedazo de tela de lino. Los sacerdotes lo observaron con expresión temerosa. Solo uno de ellos reunió ánimos para penetrar en la fétida oscuridad. Allí dentro vio el marasmo de utensilios y despojos que había dejado el médico, y, al fondo de la cueva, en un agujero practicado en el suelo, halló el cuerpo de Hipólito hecho un ovillo y cubierto de tierra como los primeros hombres, aquellos que nacieron de la misma Gea. Con sigilo, se acercó para comprobar si Asclepio había logrado operar el prodigio. No llegó a tocarlo, porque el joven se removió, y, alzando la cabeza, miró hacia él. Sus ojos eran dos luces resplandecientes, llenas de vida, en su rostro sucio de barro.

En aquel preciso instante, una ventisca azotaba las laderas nevadas del Olimpo, que Zeus recorría con paso enérgico apoyado en su báculo, gozando al sentir en su cuerpo el azote del hielo. Camino adelante, en la cima, su morada de altos techos y columnas esbeltas centelleaba con la luz de los astros. Hacia allí se encaminaba cuando, al clavar otra vez el báculo en la nieve, el extremo superior despidió una chispa inesperada que fue a buscar con toda su furia el tronco de un pino cercano. El árbol se abatió al instante, desplomándose sobre el camino. El soberano celeste se volvió hacia el

precipicio que se abría a un lado, a cuyos pies se extendía el mundo, y murmuró abatido:

—Ay, desdichado, qué es lo que has hecho…

Muy lejos de allí, más allá del océano, donde la tierra se encontraba con el cielo y el universo entero se volvía del revés, los fuegos de los jardines de Hades, el invisible hermano de Zeus, ardieron con rabia inusitada. De aquellos reinos inertes surgió un rugido pavoroso que voló hacia la superficie, donde resquebrajó la tierra, haciéndola sangrar ríos ardientes. De la sangre incandescente se alzaron columnas de humo negro y espeso que, poco a poco, inapelablemente, fueron oscureciendo el cielo.

Con su cuerpo robusto recostado en el alto trono, los brazos descansados en los apoyos, las manos aferradas con firmeza, el señor del universo aguardaba, paciente, mientras observaba el centelleo de las estrellas más allá de las paredes translúcidas de su salón de altas columnas. Las enormes puertas se abrieron empujadas por un vendaval que traía humo volcánico. Los gases pestilentes y la ceniza hicieron recular los jirones de niebla blanca que se retorcían sobre el suelo de mármol y lo tiznaron con su suciedad. Revolviéndose, la niebla mostró el avance de una figura invisible hacia los pies del trono. Cuando Hades se quitó su casco, su hermano Zeus pudo contemplar sus ojos negros, centelleantes de furia, que solo anticipaban destrucción y muerte. En el espacio que les separaba, el dios del inframundo agitó la niebla negra para formar un remolino, en cuyo interior los dos pudieron ver, paseando entre los enfermos de su casa de sanación, al médico Asclepio, hijo de Apolo, el hombre que desafiaba las más sagradas leyes de los eternos.

Apolo se incorporó envuelto en los vapores de la sima de Delfos. Un sueño brutal le había sacado de su trance en un estado agitado. Le temblaban las manos. Había tenido el súbito conocimiento de los hechos del futuro inmediato y su hijo no estaba en él. Salió del templo lívido, intentando convencerse de que había tenido solo una pesadilla, y remontó a toda prisa las peñas secas de la cima del Parnaso hasta alcanzar su punto más elevado. Desde allí distinguió las nubes oscuras y ominosas que se acumulaban hacia el sur. Muy lejanamente, como poco más que una sensación, le pareció que veía un brevísimo resplandor que iluminaba la barriga de aquellas nubes. Segundos después llegó a sus oídos la levísima resonancia de un trueno y, a través de los pies, notó que la tierra tenía un escalofrío. Su pecho se quedó sin aire. Jadeante, Apolo cayó hacia atrás. Con la mirada clavada en el horizonte, intentaba recuperar el resuello con grandes dificultades. Apenas logró recomponerse, tomó impulso y, con un salto colosal, dejó atrás el macizo del Parnaso proyectándose hacia el valle, en dirección sur.

La casa central de sanación de Epidauro era un gran cráter humeante lleno de escombros y restos humanos. El lugar donde había caído el rayo estaba marcado por una dolorosa llaga ennegrecida en cuyo centro quedaba apenas un breve despojo calcinado. Epione y sus hijos se abrían paso entre el polvo y las ruinas, tambaleantes, desorientados, buscando supervivientes y pronunciando con un hilo de voz el nombre de Asclepio.

Pasmado como las estatuas que albergaban sus templos, Apolo los contemplaba desde una colina cercana. Desgarrado ante aquel espectáculo horrendo, el dios radiante de

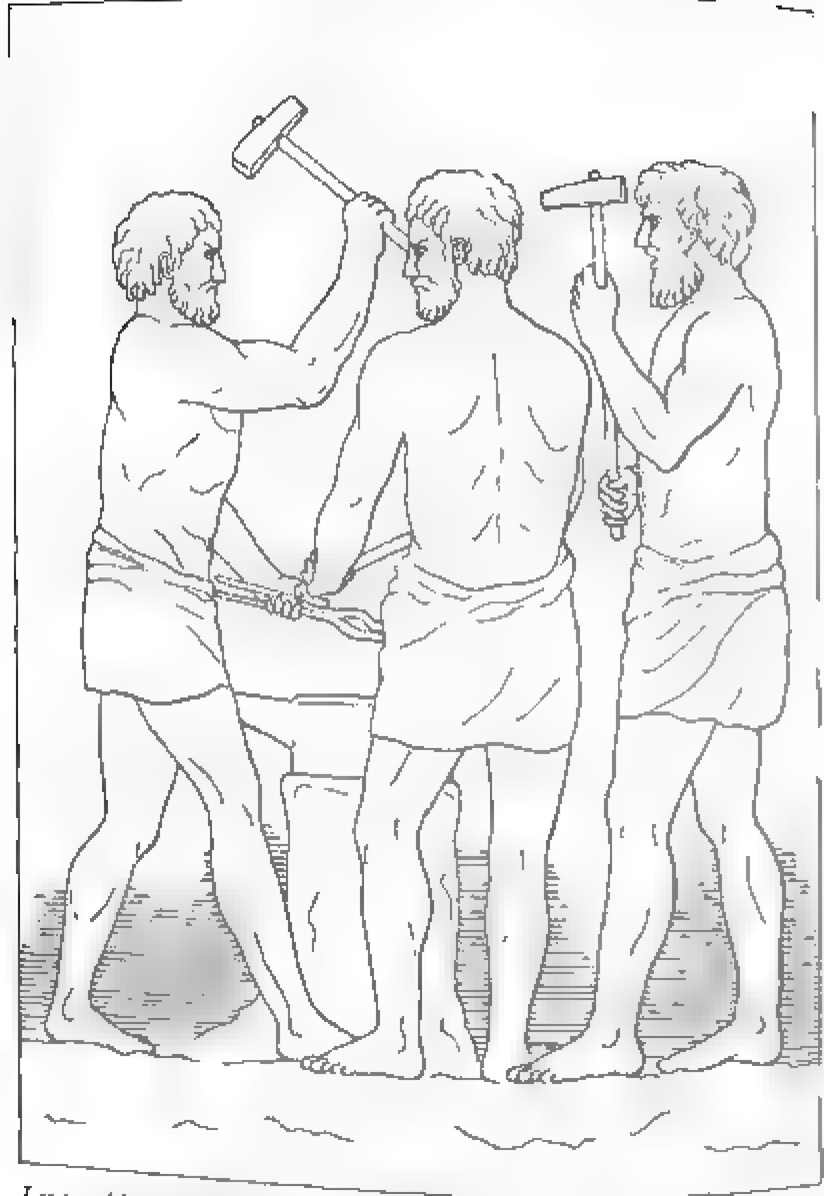
nuevo sollozaba. Alzó la mirada a los cielos, donde las nubes habían vuelto a dar paso a un azul perfecto. Su llanto se detuvo, porque sus ojos se llenaban de sangre.

ooo

En el corazón de la montaña, bajo una inmensa bóveda de piedra repleta de grietas que se llevaban los humos y los vapores al exterior, Brontes, Arges y Estéropes, los tres cíclopes hijos de Crono y Gea, lanzaban sus descomunales mazos cada uno a un tiempo, de modo rítmico, haciendo estremecer la fragua con cada golpe. Alzando con poleas casi sin esfuerzo una inmensa plancha de metal, la desplazaron mediante rieles hasta situarla sobre el estanque de lava que bullía en el centro de la fragua. Allí la hundieron y luego pusieron al rojo excitando el fuego con colosales fuelles.

Al amanecer salieron a la cima de la montaña para respirar un poco de aire fresco y saludar al nuevo día. Sus potentes brazos habían creado antaño el tridente de Poseidón, el casco de Hades y el mismo rayo de Zeus, con los cuales los olímpicos pusieron en jaque a las fuerzas de Crono. Ahora, a petición de los dioses, forjaban portones inquebrantables para fortificar las nuevas ciudades que fundaban muchos de los vástagos que resultaban de sus amores con ninfas o mortales, con los que poblaban el pecho de la Madre Tierra.

Tras la pausa, volvieron a la fragua para proseguir con sus trabajos. De nuevo sonaron los mazos, chisporrotearon los fuegos, se hincharon los potentes brazos de los cíclopes. Tan concentrados estaban en la tarea que no advirtieron que una flecha de plata atravesaba uno de los respiraderos. Solo sintieron



Los tres cíclopes lanzaban sus mazos haciendo estremecer la fragua con cada golpe

su impacto en el suelo, un golpe tan violento que resquebrajó el lecho de la gruta. Los tres hermanos se detuvieron al notar que la tierra temblaba y, volviéndose, vieron partirse los muros de contención de la lava, cuyo desbordamiento iba derritiendo la roca y acelerando su despedazamiento. Severas fisuras se abrieron en la bóveda. En pocos segundos, la montaña se hundía, llevándose la fragua y los cíclopes a las profundidades hirvientes de la tierra.

Desde la cima del monte más próximo, Apolo observaba cómo la montaña de los cíclopes se desplomaba sobre sí misma, lanzando negras fumaradas a los cielos y una gigantesca cortina de polvo que sumió en tinieblas los valles circundantes. Con el rostro descompuesto por la ira y el llanto, el dios se echó el arco a la espalda, dio media vuelta y emprendió el descenso, sumergiéndose en la espesura del bosque.

∞∞

Leto sintió que una garra salvaje le arrancaba el corazón y lo ponía ante su vista, todavía latente, al presenciar la entrada de su hijo en el salón del soberano celeste y verlo avanzar bajo los sitiales de los olímpicos, que, convocados en pleno, no habían dudado en acudir a aquella llamada excepcional. La sabia Atenea y Ártemis intercambiaban miradas preocupadas, mientras que Hades, a un lado de su hermano, despedía con sus ojos una fiereza tan sañuda que era imposible mirarlos sin sentir helado hasta el tuétano de los huesos. Apolo se reunió con su madre a los pies del trono del señor del universo y se inclinó. La voz de Zeus resonó como el trueno, aunque a nadie escapa el pesar que había en ellas.

—¿Cuál es la alternativa al orden por el que tanto hemos luchado? La conocemos: es el caos primigenio, que viene de la nada y a la nada lleva. La transgresión del inmortal es la peor amenaza. Es la amenaza que mantenemos alejada, que recluimos en el lugar infame que es el Tártaro, donde no es un peligro.

Un murmullo recorrió los asientos de los olímpicos. Cayendo a su lado, Leto se aferró a su hijo. Fue entonces cuando Artemis descendió de su asiento y se reunió con ellos.

—¡Soberano magnánimo de los cielos, yo induje la acción del mortal!

Zeus alzó la mano para hacerla callar. Leto se lanzó al suelo frente el trono, implorando con voz entrecortada.

—El amor es cruel: el amor de los amantes, el amor de los propios hijos... ¿Quién puede decidir quien es víctima o verdugo en él? De las acciones de mi hijo, es mi amor el único responsable, bien lo sabéis, oh dioses celestes. Hera, gran señora, aviva tu recuerdo, te lo ruego. —Se golpeó en el pecho con desespero—. Soy yo quien merece el tormento de la oscuridad del Tártaro. Concededme este último deseo.

Tan dolorosas lamentaciones ensombrecieron el ánimo de Zeus. Reflexionando durante un momento, cruzó la vista con quienes lo flanqueaban. La mirada sombría que le devolvió Hades emitía el veredicto más terrible. Sin embargo, para su sorpresa, al volverse al otro lado, encontró a su esposa Hera terriblemente apesadumbrada. Aunque había odiado a Leto en otro tiempo, compartía ahora su sufrimiento de madre. La piedad que se leía en sus ojos sirvió para que Zeus reconociera en sí mismo ese sentimiento. Habló para todos al dictar su sentencia:

—Por espacio de un año vivirás al servicio de un mortal, desempeñando los trabajos más humildes, para que aprendas que también nosotros, los eternos, nos vemos obligados a aceptar lo que ellos tan bien entienden: la fatalidad.

ooo

Con su fiel perro como única compañía, el pastor reunió con paciencia a las reses para resguardarlas de la tormenta bajo una techumbre de ramas de abedul. Recostado en un murete de piedra y protegido por un capote de piel de carnero, extrajo de su morral un trozo de queso y observó con agrado cómo la lluvia limpiaba los valles. El balido de un ternero en medio de la borrasca le llamó la atención. Salió a buscar al animal. Se había quedado atrapado por una pata en la cerca del río. Acariciándole el cuello para calmarlo, lo liberó fácilmente. El ternero corrió hacia el cobijo. Aquel pastor, que no hacía tanto había sido el más hermoso, el más admirado de los dioses del Olimpo, quedó extasiado al contemplar cómo los brazos de niebla se deslizaban bajo la cortina de lluvia a través del inmenso espacio abierto recorrido por prados ondulantes que se extendía ante él. Su larga cabellera se empapaba y hacía que le corriera el agua por el cuerpo, pero él no se sentía incómodo, sino en calma.

Aquella tarde llegó en su busca un mensajero. El rey lo llamaba a sus establos para que ayudara en un parto. Dejó el ganado al cargo de un compañero y descendió a la ciudad. El propio Admeto, el mismísimo soberano de Feras, salió a buscarlo apenas entró en el patio de la granja, excitado como un niño. Sonriente, lo abrazó. Era un buen hombre, se decía Apolo, enemigo de pendencias y favorecedor de

amistades. Procuraba por sus súbditos y se entristecía o se alegraba con las penas o alegrías incluso de su ganado. El dios pastor dejó sus arreos a la puerta y entró en el pesebre, donde la vaca panzuda mugía.

—Son gemelos —dijo el dios, satisfecho.

Todos los hombres congregados allí para ver el prodigio lo felicitaron. Desde que el dios estaba con ellos y atendía los partos, de algún modo todas las vacas daban gemelos. Apolo se dobló las mangas y, con gran entusiasmo, se dispuso a embarrarse los pies, mancharse las manos de sangre, cubrirse de suciedad, porque sabía que así traería al mundo nueva vida.

∞

Aunque Admeto le había ofrecido alojamiento en su palacio, pues lo apreciaba y admiraba, Apolo prefería ceñirse al arreglo original. Los pastores del rey le habían enseñado la delicia de cosas muy sencillas, aunque nada simples: recoger sabrosos alimentos en el bosque, improvisar preparaciones ingeniosas para recuperar el calor a la hora de la cena, solucionar de modo ingenioso con los elementos a mano los problemas de la vida en la montaña, hacer música con cualquier objeto —cáscaras de nuez, piedras, jarras vacías—. Había llegado a amar los pastos y a cada uno de los animales que guardaba como si fueran sus hijos, complacido de poder emprender, jornada tras jornada, una vida serena, sin sobresaltos.

Así fue hasta que un mediodía, al despertarse de un sueño reparador junto a la ribera del río, donde abrevaba el ganado, se dio cuenta enseguida de que faltaban algunas cabezas, que

no alcanzó a ver por los alrededores. Azuzando a su perro, ambos rastrearon las huellas de los animales. Hallaron muestras de sus excrementos y de su paso a través de la maleza y fueron tras ellas. Al ver que se alargaba el camino, alejándolos de la montaña, Apolo sospechó que los animales no podían haber huido solos, sin embargo, no había señal alguna de quien se los podía haber llevado.

Perdieron el rastro al caer la tarde, en una vertiente umbría. El dios pastor se sentó en una piedra, sintiéndose algo triste, mientras el perro correteaba a su alrededor desconcertado. Se preocupaba de sus reses como de él mismo y había aprendido a aceptar como natural que su destino fuera el sacrificio a los dioses y el alimento de los hombres. Del mismo modo, el suyo debía ser reconfortar las almas por los muchos medios que tenía al alcance.

De estos pensamientos lo sacó una música singular, resonante como jamás había oído. Venía de lo más oscuro y húmedo del bosque. Allí, dentro de una arruga del monte, halló una pequeña covacha a cuya puerta estaban amarradas las reses robadas. La melodía lo atrajo al interior, pues sus notas sonaban poderosas y delicadas a la vez, emitidas por un instrumento de cuerda mucho más avanzado que el suyo. El intérprete era apenas un niño, que, al verlo asomar, no se amedrentó, sino que se levantó de un gracioso salto, amenazándolo con una piedra. No había hostilidad por parte de Apolo, porque el dios solo atendía al instrumento del niño: el armazón estaba hecho con astas de macho cabrío unidas por un travesaño, mientras que las cuerdas, de tripa de animal, pasaban por una concha de tortuga cubierta de piel, lo que aumentaba su resonancia.

—¿Lo has construido tú? —preguntó Apolo. El niño asintió, sin deponer su actitud defensiva— El sonido que creas con él es maravilloso.

—¿Has venido a quitármelo? — protestó el niño.

Apolo sonrió plácidamente.

—No, niño, no te lo quiero quitar, sino al contrario, quiero comprártelo. A cambio te ofrezco los bueyes.

El niño suavizó el gesto. No le parecía mal negocio. Siempre podría fabricarse otra lira. Bajando la piedra, dijo.

—No me llames «niño». Mi nombre es Hermes.

∞

Siguiendo la armonía del coro divino, la niebla danzaba en los pastos de las montañas de Feras. Tan pronto como Apolo comenzaba a tocar para sus reses acariciando con suavidad las cuerdas de aquella llamada lira, se unían a su música las voces de las musas, que, diseminadas por bosques lejanos, extendían los cantos por toda la tierra. Por unos instantes, las divinas notas detenían el devenir del tiempo en campos y ciudades, en palacios, templos y chozas, en las moradas celestes. Mortales y eternos compartían el mismo estremecimiento.

Apolo vio aparecer entre la niebla a la mensajera Iris, aquella que un día fuera a buscar a la partera por cuyas artes emergió a la vida. La diosa llegó hasta él y le observó mientras cantaba. Luego, al acabar el músico su interpretación, ella se agachó a su lado y le acarició la mejilla. El dios tuvo una sensación de zozobra: había acabado su año de pena, pero él no sentía que hubiera sido tal cosa y además temía perder la dicha que había conseguido.

Cuando el rey Admeto recibió la noticia de que Apolo había entrado en la ciudad de Feras y se encaminaba al palacio, llamó a la guardia y se hizo acompañar a los sótanos. Allí, en una mazmorra bajo llave, custodiada por un destacamento permanente de soldados, conservaba su arco de plata dentro de un arcón sellado. El dios recibió de sus manos el arma, con el carcaj y las flechas, en el salón de audiencias. Se los echó a la espalda, junto a su lira, y estrechó en sus brazos al rey.

—Buen amigo —le dijo—, en esta tierra he encontrado lo que buscaba.

—Ve con bien, hijo de Zeus —respondió Admeto.

Apolo salió de la ciudad mientras el día cabeceaba ya entre las montañas. El sol quemaba la panza de las nubes, mientras la luna congelaba el otro extremo del cielo. Los campos despertaban el olfato, zumbaban los insectos entre las plantas. El dios echó a caminar por un sendero con ganas de recorrerlo paso a paso, como todo mortal, para no perder la oportunidad de contemplar aquellos fenómenos. Sonriendo, se dijo que, entregada a la paz, cada cosa lograba siempre encontrar su sitio y que valía la pena esforzarse por esa paz. Probablemente, pensó, era lo único por lo que valía la pena esforzarse. Se sentía feliz. Hasta Delfos quedaba una larga travesía.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Después de Zeus, Apolo fue la divinidad griega con más santuarios y templos a él dedicados. Era el dios de la adivinación y la profecía, de la música, la poesía y las artes, pero también de las epidemias y de la medicina, de la fecundidad del ganado e, incluso, de la luz que ilumina el mundo. Mas de dónde llegó y cuándo se incorporó a la familia olímpica es todavía hoy un misterio.

Las representaciones artísticas y los versos de los poetas hablan por sí solos. Apolo es un dios eternamente joven y hermoso, en ocasiones con un punto andrógino, y siempre rodeado por un aura resplandeciente que sobrecoge incluso a los habitantes del Olimpo. Cualidades estas a las que hay que añadir su destreza con la lira y el arco, sus dos atributos: con el primero, encanta a quien lo escucha; con el segundo, da una muerte cierta, pues el dios cede fácilmente a reacciones caprichosas y cruentas. Así es Apolo el resplandeciente, el del arco de plata, «el que hiere de lejos».

UNA DIVINIDAD SINCRÉTICA

Todo lo que Apolo tiene de luminoso se vuelve oscuridad cuando se trata de rastrear sus orígenes. Así, y a diferencia de lo que pasa con otros dioses olímpicos, su nombre no se encuentra en las ta-

billas desenterradas en los yacimientos micénicos del Peloponeso y Creta. Escritas en un sistema silábico conocido como Lineal B y datadas entre los siglos XV y XII a. C., esas tablillas son básicamente documentos administrativos, pero que incluyen nombres de dioses, lugares y personas de extraordinario valor para conocer el mundo griego de la Edad del Bronce. Apolo no aparece mencionado, aunque sí una divinidad llamada Pa-ja-wo-ne, que puede hacer referencia a un viejo dios sanador cretense, Peón o Peán, que en la *Ilíada* de Homero es citado como el encargado de curar las heridas de dioses como Ares o Hades. En fecha posterior, Peán fue asimilado a Apolo, convirtiéndose tanto en un epíteto de este como en el nombre de un tipo de canto solemne a él dirigido.

La etimología tampoco aporta luz a la cuestión del origen del dios. Una interpretación hace derivar el nombre del dorio *apella*, que significa «asamblea» y, más en concreto, una en la que podían participar los muchachos que estaban cerca de alcanzar la edad adulta. El hecho de que Apolo fuera el protector de los adolescentes (y él mismo fuera retratado como tal) aporta cierta verosimilitud a esta hipótesis. Pero es solo eso, una hipótesis, como lo es también la que sugiere que el nombre procede de *apollynai*, esto es, «dar muerte», un atributo característico de un dios arquero como el hijo de Leto.

Atendiendo precisamente a los atributos, la cuestión del origen se complica aún más. En Oriente Próximo, el dios cananeo Reshef era llamado «el señor de la flecha» y se distinguía por su capacidad para propagar toda suerte de pestes y epidemias, como Apolo con sus dardos. Mas este no solo es un destructor, sino también, y como cantaba el poeta Calímaco (siglo III a. C.), el que enseñó a «los médicos a retardar la muerte», un sanador como Peán. Sus flechas, así, no solo son portadoras de muerte, sino también destructoras

del mal representado por monstruos como la serpiente Pitón y, por tanto, purificadoras. Este carácter benéfico se asocia directamente a la música: la sanación viene del conocimiento de las hierbas, pero también del poder de la palabra y el canto, por lo que Apolo, con su lira, se erige en protector de la música, la poesía y la danza. Y no acaba ahí todo, pues el hijo de Leto es un dios pastor que cuida sus rebaños. El que sus grandes amores, Dafne, Cipariso y Jacinto se transformen respectivamente en laurel, ciprés y la flor del mismo nombre parece redundar en esa vinculación agraria que alguna vez debió de tener Apolo. Por último, aunque no menos importante, a partir del siglo V a. C. el dios empezó a ser identificado con el sol. Fue entonces cuando el apelativo de Febo, que puede traducirse como «puro» y «luminoso», empezó a hacerse habitual hasta convertirse en sinónimo del nombre de Apolo.

Todos estos atributos y dones dispares, así como el misterio acerca del nombre, llevan a pensar que Apolo es una divinidad sincrética que se forjó a partir de dioses de procedencias muy diversas, incluida la oriental. El que, en la *Ilíada*, favoreciera al bando troyano frente al griego parece afirmar precisamente esta vinculación. Pero si esto es cierto, no lo es menos que todos esos elementos cuajaron en una figura inequívocamente griega cuyo culto se extendió por todo el Mediterráneo.

LA VOZ DEL ORÁCULO

Para los griegos, Apolo expresaba mejor que ningún otro dios lo que significaba ser griego. Zeus, por supuesto, era más poderoso e impresionante, no por nada gobernaba en el Olimpo. Sin embargo, Apolo iba más allá, pues encarnaba aquellos valores que los

griegos reconocían como propios: la razón, el sentido del equilibrio y la proporción, el conocimiento de uno mismo... Todo aquello, en fin, que se expresa en el adjetivo «apolíneo», que mucho después, en el siglo XIX, el filósofo Friedrich Nietzsche opondría a lo propio de Dioniso, el dios del vino y de la intoxicación, de la subjetividad, la pasión y el vitalismo. Es preciso reconocer que Atenea presenta cualidades similares a las de Apolo, pero su vinculación con Atenas hizo que no llegara a alcanzar nunca la dimensión panhelénica del hijo de Leto.

Donde mejor se aprecia esta dimensión es en los dos grandes santuarios que se construyeron en honor a Apolo: Delos y Delfos. Ambos fueron centros de peregrinación a los que acudían gentes procedentes de toda la geografía griega. El primero de ellos se hallaba en el que se consideraba el lugar natal de Apolo, una minúscula y desolada isla del archipiélago de las Cícladas. Los primeros vestigios de culto en ella datan del año 1000 a.C., aunque fue en el siglo VII a.C. cuando se levantó el primer templo. En cuanto a Delfos, tenía ya carácter sagrado antes de que el panteón fuera ocupado por los olímpicos. Era el santuario de la diosa Madre Tierra, custodiado por una monstruosa serpiente, Pitón, a la que Apolo dio muerte con sus flechas.

Delfos era sobre todo importante por ser la sede del mayor oráculo de Grecia. A la falda del monte Parnaso, rodeado de bosques de laurel y presidido por los lemas «Conócete a ti mismo» y «Nada en demasía», su santuario era la sede de la pitia, la sacerdotisa que, por boca de Apolo, vaticinaba el porvenir. Guerras, alianzas, fundaciones, negocios o matrimonios no se emprendían sin antes escuchar sus augurios. El lugar acogía también, cada cuatro años desde el 582 a.C., los Juegos Píticos, instaurados por Apolo para conmemorar la muerte de Pitón. Los concursos de artes tan pro-

pias del dios como la música, la danza y la poesía se alternaban con competiciones atléticas, cuyos vencedores, llegados de todos los confines de Grecia, eran celebrados en sus odas por poetas como Píndaro (h. 518-438 a.C.).

Esta devoción por Apolo pasó a Roma ya en tiempos de la República, y dado que el flechador no tenía paralelo alguno en su panteón, fue adoptado tal cual y con el mismo nombre. Aunque fue en época imperial cuando la figura de Apolo se vio más realzada. El primer emperador, Octavio Augusto (63 a.C.-14 d.C.), se consideraba nacido bajo la protección del dios y, así, incentivó su culto. Uno de los poetas de su corte, Horacio (65-8 a.C.), no dejó de ensalzarlo en sus versos: «Apolo, dios de los augurios, te rogamos que nos asistas, velando tus hombros en cándida nube». Desde entonces, el hijo de Leto fue tomado como el mediador entre el rey de los dioses, Júpiter (el Zeus latino) y el pueblo romano.

EL AMOR Y SUS METAMORFOSIS

Apolo tiene una presencia destacada en los *Himnos homéricos*, 33 poemas que, pese a su nombre, nada tienen que ver con Homero, pues fueron compuestos con posterioridad a este entre los siglos VII a.C. y IV d.C. A dios se dedica el tercer himno, en el que se narra el accidentado nacimiento de Apolo en Delos y el establecimiento de su culto en esa isla y en Delfos, así como en una incontable serie de lugares cuya aparición en el poema no hace sino resaltar la importancia panhelénica del hijo de Leto. Si estos versos evocan un tipo de poesía derivado del culto, los de las *Metamorfosis* presentan ya un Apolo puramente literario. En este largo poema compuesto por el latino Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), el amor es el

El guía de las musas

Apolo no está solo a la hora de velar por poetas, músicos y artistas, sino que lo acompañan las musas. En número de nueve, estas hijas de Zeus y Mnemósine (la Memoria) son las encargadas de alegrar con su canto y su danza los banquetes de los dioses en el Olimpo al son de la lira que tañe el hijo de Leto. Pero también son las que han enseñado su arte a los aedos y músicos que, de este modo, y bajo su aliento inspirador, aportan algo de esperanza, felicidad y paz a la vida de aquellos que no son inmortales, los hombres. Por ello, el anónimo autor del «Himno XXV», en los *Himnos homéricos*, no duda en decir: «Dichoso es aquel al que las musas amen: dulce de su boca mana la voz». El primero de esos afortunados fue Hesíodo (siglo VIII a. C.), quien en su poema *Teogonía* refiere cómo recibió de sus manos un «cetro de florido laurel», la planta de Apolo con cuyas hojas se corona a los poetas. El dios es el guía y protector de estas musas, con quienes mora en el monte Parnaso y alienta una creación artística que, basada en el equilibrio y la armonía, ayuda a poner orden en el caos. En época clásica (siglo v a. C.) cada una de estas hermanas fue asociada a una disciplina concreta: a Calíope le correspondió la épica; a Clío, la historia; a Melpómene, la tragedia; a Euterpe, la música de flauta; a Erato, la lírica coral; a Terpsícore, la danza; a Urania, la astronomía; a Talía, la comedia, y a Polimnia, la pantomima. Aun así, los poetas siguieron invocándolas en conjunto a fin de lograr su favor y poder decir, como el latino Horacio, «las musas me aman».

gran protagonista, un amor tal que lleva a los personajes a transformarse, sea para verlo realizado, sea para escapar a él. Esto último es lo que hace Dafne, convertida en laurel para huir de un Apolo herido con una flecha de oro, la que provoca una pasión irrefrenable, por el también arquero Cupido. «Ya que no puedes ser mi esposa —dice el dios—, serás mi árbol; siempre te tendrá mi cabellera, te tendrá mi cítara, laurel, y te tendrá mi aljaba.» El tratamiento de la historia es desmitificador y sensual, erótico, y lo mismo puede decirse de otros amores desventurados de Apolo evocados en estos versos, el de Cipariso, convertido en ciprés, y el de Jacinto, en la flor del mismo nombre.

La literatura posterior celebró en Apolo al dios de las musas, la poesía y la música. Es en ese sentido que el dramaturgo y poeta español Félix Lope de Vega (1562-1635) escribió *El laurel de Apolo*, un poema de casi siete mil versos que, con la excusa de reflejar la celebración de unas cortes habidas en el Parnaso, elogia (o ataca) a los mejores vates de su tiempo, sobre todo españoles, aunque también portugueses, franceses e italianos. En pleno romanticismo, poetas como los ingleses John Keats (1795-1821) y Percy Bysshe Shelley (1792-1822) hicieron, en sus respectivos *Himno a Apolo*, un homenaje teñido de nostalgia a una edad de oro ya pasada definida por la belleza y la comunión con la naturaleza.

LA TRANSFORMACIÓN DE DAFNE

Ya desde las más antiguas representaciones artísticas, como la escultura *Apolo del Pireo* (siglo VI a. C.; Museo Arqueológico del Pireo, Atenas), el hijo de Leto aparece como un joven hermoso y resplandeciente. De mediados del siglo v a. C. es el *Apolo de Kassel*,

y del siglo IV a. C., el *Apolo Sauróctono* de Praxíteles, una escultura que muestra al dios como un grácil adolescente que, antes de darle muerte (*sauróctono*, en griego, significa «matador de reptiles»), observa cómo un lagarto trepa por el tronco de un árbol. La tranquilidad del gesto y, sobre todo, la curva de la cadera, tan característica de ese escultor, prestan una elegancia especial al dios. No obstante, la escultura antigua más famosa es el *Apolo del Belvedere* (Museo Pío-Clementino de Roma), un mármol del siglo II d. C. que copia un original en bronce del siglo IV a. C. Para los artistas del Renacimiento significaba la representación ideal de la perfección física masculina.

El Renacimiento, precisamente, hizo de Apolo uno de sus motivos predilectos, no en balde era el dios que reinaba sobre las musas del Parnaso y, por tanto, sobre toda creación artística. El tema inspiró a pintores como Andrea Mantegna (1431-1506), Rafael Sanzio (1483-1520) o Nicolas Poussin (1594-1665). No menos representado ha sido el episodio de Apolo y Dafne, y en especial el de la transformación de la ninfa en árbol ante la impotente mirada del dios, tal y como se expresa en Ovidio: «Una delgada corteza ciñe su tierno pecho, sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas, sus pies ha poco tan veloces se adhieren en raíces perezosas, en lugar del rostro está la copa; solo la belleza queda en ella». Esa metamorfosis es la que recrea Piero del Pollaiuolo (1443-1496) en una pintura que ha marcado la pauta a otras debidas al mencionado Poussin, Giambattista Tiepolo (1696-1770) o John William Waterhouse (1849-1917). Aunque, sin duda, la obra más destacada sobre el episodio es el *Apolo y Dafne* de Gian Lorenzo Bernini (1598-1680), una escultura que captura el instante mismo en el que el dios atrapa a la ninfa y esta inicia la transformación por las piernas y las puntas de los dedos.



En 1511, Rafael Sanzio pintó en uno de los muros de la Sala de la Signatura del Vaticano (Roma) el fresco El Parnaso, *en referencia al monte en el que moran Apolo y las musas, que ocupan el centro de la composición. La obra homenajea a los grandes poetas de la Antigüedad (Homero, Virgilio) y del Renacimiento (Dante, Petrarca).*

Pero no se agotan aquí los temas relacionados con el hijo de Leto: la lucha con Pitón fue recreada por el flamenco Cornelis de Vos (1584-1651) y, ya en el romanticismo, por el inglés William Turner (1775-1851) y el francés Eugène Delacroix (1798-1863), mientras que el de la muerte de Jacinto lo fue por Tiepolo y el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640). Mención aparte merece el episodio de Marsias. Más que el duelo musical, lo que ha atraído a los artistas es el castigo. Eso es lo que muestran, entre otros, el italiano Tiziano (h. 1489-1576) de un modo prácticamente expresionista, y el español José de Ribera (1591-1652), este con un realismo que se recrea en el dolor del sátiro y la crueldad del suplicio.



Las Metamorfosis *de* Ovidio *son la fuente de inspiración de estas dos pinturas: en la parte superior,* Apolo y Marsias, *que encontramos en los Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas, de Ribera, óleo en el que sobrecoge la serenidad del dios mientras desolla vivo al sátiro que había osado desafiarlo en un concurso musical. Abajo, el* Apolo y la serpiente Pitón, *conservado en el Museo del Prado de Madrid, que Cornelis de Vos pintó sobre un boceto preliminar de Rubens. En esta tela, el monstruo aparece acribillado ya por los certeros dardos del dios, quien a su vez a punto está de ser herido por el también arquero Eros.*



EL DIOS DE LA MÚSICA

Como músico, cantor y tañedor de lira, Apolo estaba llamado a protagonizar numerosas obras musicales, entre ellas la primera ópera de la historia, *Dafne*, de Jacopo Peri (1561-1633). Su música se ha perdido, no así la que, sobre el mismo texto, compuso en 1608 Marco da Gagliano (1582-1643). Posteriormente, el tema fue tratado, entre otros, por Francesco Cavalli (1602-1676) en la ópera *Los amores de Apolo y Dafne*; por Georg Friedrich Haendel (1685-1759) en la cantata *Apolo y Dafne* y, ya en el siglo XX, por Richard Strauss (1864-1949) en *Dafne*. La escena final de esta, la de la transformación de la protagonista en laurel, es una de las páginas más mágicas del repertorio lírico.

Otro de los amores del dios fue tratado en *Apolo y Jacinto*, un intermedio en latín con música de un niño de once años llamado Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). Por la moralidad de la época, y más en una corte arzobispal como la de Salzburgo, en la que se estrenó la obra, el dios no sufre aquí de amores por Jacinto, sino por la hermana de este, Melia. Aunque poco conocida, la partitura es una muestra de la milagrosa precocidad de Mozart.

Pero si una obra musical hay que represente la quintaesencia de lo que es Apolo, esa es el ballet *Apolo Musageta*, del ruso Ígor Stravinski (1882-1971). Escrita en 1928, es una de las páginas señeras del Neoclasicismo, una corriente que se abrió paso en la Europa de entreguerras y cuyo propósito era revivificar las formas y los temas de la gran tradición clásica que las vanguardias habían puesto en entredicho. En este sentido, es una obra «apolínea», esto es, que guarda en todo momento el equilibrio entre sus partes, rechaza la disonancia, quiere el orden y lo justo, y persigue la belleza, entendida como claridad. Es, en suma, la música del «nada en demasía» y del «conócete a ti mismo» inscritos en el templo de Delfos.

Índice